

En la penumbra del tapanco

Corazón Otero

Libros del Laberinto

EN LA PENUMBRA DEL TAPANCO



Colección: *Libros del laberinto*, 57

EN LA PENUMBRA DEL TAPANCO

Corazón/Otero

 AZCAPOTZALCO
COSEI BIBLIOTECA

2893708

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo 
Azcapotzalco

Rector General
Dr. José Luis Gázquez Mateos
Secretario General
Lic. Edmundo Jacobo Molina

UNIDAD AZCAPOTZALCO
Rectora
Mtra. Mónica de la Garza Malo
Secretario
Lic. Guillermo Ejea Mendoza
Coordinador de Extensión Universitaria
Lic. Enrique López Aguilar
Jefe de la Sección Editorial
Lic. Valentín Almaraz Moreno

Primera edición: 1998

ISBN: 970-654-316-3

© Corazón Otero

Inspirado en este libro el compositor Julio César Oliva
escribió siete piezas para guitarra tituladas:

“Recuerdos de infancia”

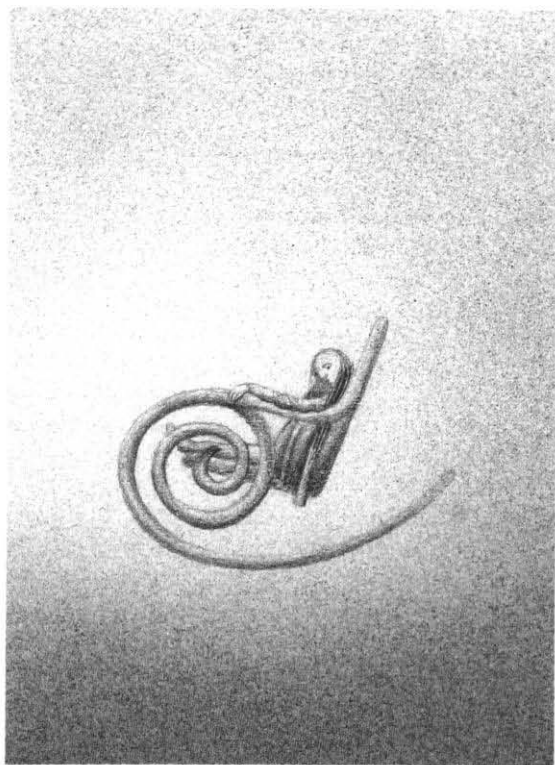
© Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco.

Av. San Pablo 180, Col. Reynosa, Tamaulipas
02200. México, D.F.

Impreso en México/*Printed in Mexico*

*A Fernando, Brenda y Leo
impulsores de este libro
y a mi pequeño Fernando*



LA MECEDORA

LA MECEDORA

La mecedora de mi abuelo sería mía. Volví a pensar en ello y mi corazón se deleitó con la idea. No obstante que yo era la menor, me la debía conceder mi madre. Estaba decidida a mecer mis recuerdos.

Con ese único pensamiento llegué hasta la reja de mi casa, vi la cadena que pasaba entre los barrotes con el candado que colgaba por dentro, como había olvidado mi llave, toqué el timbre y levanté la vista. En medio de las grandes terrazas y el techo a dos aguas de la casona gris, pendía el letrero de madera, con la leyenda que predecía: “Quinta del Refugio”. La fincó mi abuelo cuando apenas había arrancado el siglo. Los muros evidenciaban el proceso de los años.

De pronto, la Quinta del Refugio se remozó, sus resquebrajaduras se desvanecieron, majestuosa se mostró en todo su esplendor. Reposaba circundada de ciruelos, higueras, chabacanos y membrillos. Yo corría entre los enormes árboles y a hurtadillas

arrancaba la fruta que lograba alcanzar.

Escoltada por mi abuelo deambulaba embriagada por el perfume de los jazmines, entre agapandos y mastuerzos.

Miré la reja y su candado y toqué de nuevo. Contemplé los muros grises de la quinta, agrietados por indelebles sucesos, la pátina de los años los había tornado verdosos y veteados. No obstante se encontraban encendidos por la buganvilla.

Me invadió un sentimiento inusitado, tuve la impresión de que mi casa no era mi casa, y en realidad ya no lo era, desde ese día habitaría en otra, estaba regresando de mi viaje de bodas.

Sentí un ansia inexplicable de escapar y me arrepentí de haber tocado, pero ya era demasiado tarde; Modesta, mi nana, con alborozo abrió la reja al tiempo que me decía no sé que cosas. Titubeé antes de atreverme a entrar. Recorrí el jardín con lentitud, temerosa. Penetré a la casa y mientras ascendía las escaleras, escuché la voz de Modesta que anunciaba mi llegada, anhelé que nadie acudiera.

Mi madre prorrumpió a través de la puerta de su recámara y me abrazó con una emoción insólita.

ta, en seguida surgieron mi hermana Altagracia, mi tía Remedios y mi tío Silvestre. Hasta Elodia la cocinera renunció a su metate para venir a mi encuentro. Todos me acogieron con alborozo. Me sentí abrumada por la felicidad que había provocado. Como aquél día que regresé muy tarde de la escuela porque me perdí. Reina por un instante. Tuve miedo.

Llenos de entusiasmo, se arrebataban la palabra invadiéndome de preguntas acerca de mi viaje. Yo respondía apresurada, inquieta. Sentí alivio cuando mi tío se retiró seguido por mi tía y al poco tiempo por mi hermana y las sirvientas. Sólo mi madre permaneció allí, sentada, fumando con plácidez, su cigarrillo.

Ansiaba despedirme pero la mecedora de mi abuelo no se alejaba de mi mente y, por fin, se la pedí a mi madre; inmóvil, aguardé su reacción. Entre dos bocanadas de humo, me contestó que me la podía llevar. Sin perder tiempo, antes de que se arrepintiera, me dirigí al tapanco. Subí anhelante, con el mismo frenesí cuando de niña me adentraba en lo desconocido. La escalera de madera me pareció más estrecha y los peldaños no

eran tan altos como los recordaba.

Mi ascenso fue lento. Cuando llegué al final, presioné la compuerta del techo que se levantó ligera. Poco a poco mis ojos se fueron habituando a la penumbra y entonces me sumergí en la semioscuridad del tapanco. El olor a polvo y humedad de años me penetró, excitada miré a mi alrededor. No distinguí la mecedora pero descubrí el viejo baúl y fui directo al rincón en donde años atrás había escondido su llave. Moví la plancha de fierro que yacía envuelta en telaraña, tomé la llave y abrí el candado. Con manos trémulas destapé el baúl y hurgué entre los papeles amarillentos hasta que recuperé mi diario, con paso incierto me acerqué a una ventana pequeña para aprovechar su rayo de luz y guiada por la cándida grafía emprendí el recorrido de mi infancia. Reviví mi parvulés tan llena de miedos, tan solitaria. Nadie me enseñó a cantar, nadie se adentró en mis pensamientos. Charada de un mundo distante, respirada por otra yo.

Sin pensar, me dirigí a la estancia contigua. Mis pasos se tornaron cada vez más menudos, los trebejos crecieron, las vigas del techo se elevaron,

el tapanco aumentó de tamaño, me sentí empequeñecida.

El cuarto del fondo se encontraba sumergido en la completa oscuridad, sólo una luz diminuta pero intensa como estrella, se asomaba por una rendija. Me acerqué a ella, el corazón me palpitó tan fuerte que no me atreví a mirar, di un paso y tropecé con la mecedora de mi abuelo, sobresaltada me apoyé en ella para no caer. ¿Me pertenecía? Tuve el presentimiento de que más bien yo era la que le pertenecía.

Me arrellané en ella, intenté balancearme pero el piso estaba fuera del alcance de mis pies. Advertí que el cuerpo delgado de mi abuelo me abrazaba y aprisionando mi diario, empezamos a mecernos al ritmo del retroceso de los años.



LA ESTRELLA

LA ESTRELLA

Un domingo descubrí la existencia del incógnito tapanco. Me encontraba recargada en una de las voluminosas columnas de la terraza de mi casa, con una pelota entre las manos sin decidirme a botarla.

Vi a mi madre que colocó su velo y su misal encima de la cómoda, tomó su tejido y salió a la terraza.

—¡Ay niña! —me sentenció—, si vas a jugar a la pelota ve a que te cambien el vestido nuevo.

Impasible solté la pelota que cayó botando, bajó por los escalones, rodó hasta el jardín y se detuvo junto al arbusto de cedrón. La seguí con la mirada, no deseaba despojarme del vestido nuevo.

Mi madre trató de sentarse y un rápido reflejo y el Ave María Purísima la salvaron de caer de la silla destartalada. Con la cara enrojecida, de un grito llamó a mi nana, unos instantes después, surgió Modesta toda relamida, con sus ojos de changuito y sus delgadas trenzas como colas de

rata. Mi madre le ordenó que arrumbara la silla en el tapanco; estaba harta, no era la primera vez que por poco y se mataba.

Envuelta en la incertidumbre seguí los pasos de mi nana que cargada con la silla subió hasta el amplio hall del segundo piso, abrió la pequeña reja que daba acceso a la insólita escalera que era la intriga de todos los que la advertían, sus peldaños subían hasta rematar en lo alto, sin llevar a ninguna parte.

Observé a mi nana que trepó y al llegar arriba apartó un pedazo de techo y desapareció por el orificio. Empezaba a invadirme la angustia cuando volvió a salir ligera sin la silla, bajó unos escalones y cerró el portillo de duelas que se mimetizó.

Incapaz de comprender el más allá de la te-
chumbre interrogué a mi madre. Con desgano me informó que el tapanco albergaba cosas viejas. Ansiosa por lo desconocido deseé verlas; ella me lo negó, su palabra era terminante. La intriga me penetró y envalentonada por la aventura me atreví a insistir, mi madre dio media vuelta y alejándose me rebatió que era muy pequeña y que esos objetos no me interesaban.

Los mayores no saben distinguir entre cuatro meses y cuatro años; por ser la menor, todos me trataban como si fuera un bebé de brazos.

A la mañana siguiente mi madre se acicaló sin dejar de fumar su cigarro, hasta que se consumió y lo apagó. Después tomó su bolsa y con actitud resignada se encaminó hacia la puerta, la seguí y salí al jardín detrás de ella. Al llegar a la reja me prendí de su vestido rogándole que no se fuera; me miró con impaciencia.

—¿Qué crees que voy por gusto? Si trabajo es por ustedes, para mantenerlos.

Me sentí culpable y me embargó el llanto, me abracé a sus piernas y ella, consternada porque se le hacía tarde, me reprendió. Entre lágrimas vi como partía.

Mis hermanos y mi prima llenaron sus mochilas con sus esfuerzos, sus diligencias y sus conocimientos y se marcharon al colegio.

Mi abuelo se encontraba sentado en el jardín, a la sombra del chabacano. De su bolsillo sacó un frasquito y vertió unos chochitos blancos en la palma de su mano, los contó y se los metió a la boca.

Retraída empecé a deambular por la casa sin dirección fija, simulé que iba al trabajo y luego a la escuela, y que comía chochitos blancos. Llegué a la empinada escalera que se perdía en la techumbre y con ella mi obediencia. Al verla, experimenté un coraje inusitado y decidí indagar qué escondía el misterioso tapanco. Me cercioré que no hubiera nadie y empecé a subir, los peldaños eran muy altos y tuve que aferrarme a los barrotes del barandal, iba en silencio, el peso de mi cuerpo no alcanzaba a hacer ruido, nadie se percató de mi ascenso. De pronto escuché unos pasos que me paralizaron, era Modesta mi nana, que también se ocupaba de las recámaras y pasaba de un cuarto a otro extendiendo camas, barriendo enfados y sacudiendo telarañas.

Cuando se alejó retomé el movimiento y no me detuve hasta que mi cabeza se encontró con el techo. Entonces levanté las manos para moverlo como había hecho mi nana; pero sin éxito, traté repetidas veces, creí que no lograría abrirlo, recargué la espalda y empujé con fuerza, excitada sentí cómo la puerta cedió. Con todo mi cuerpo conseguí abrirla por completo; me llené de zozo-

bra pero también de arrojo y me adentré al tapanco. Un rayo de luz luchaba por traspasar la pequeña ventana redonda y, tímido, iluminaba la habitación. El polvo tornaba grises a los objetos arcaicos amontonados de manera desacorde; no obstante era una desarmonía cautivante que exhalaba un concentrado olor de antaño. Permanecí en el mismo lugar, atisbando recelosa, hasta que mis ojos, poco a poco, me revelaron lo que anidaba la semioscuridad. Logré descubrir la silla rota y más allá un montón de libros estropeados, bastones de madera y rollos de pianola, todo yacía seductoramente arrebujaado. Permanecí inmóvil, hasta que un rincón me mostró el cochecito de muñecas de mi hermana Altagracia. Siempre lo ambicioné, el regocijo de tenerlo a mi alcance me dio confianza y, sin pensar, di unos pasos para apoderarme de él, lo examiné, no tenía ruedas pero por lo demás estaba en perfectas condiciones. Entusiasmada continué indagando y di con una muñeca que había sido abandonada sólo porque estaba manca, la tomé entre mis brazos y la coloqué dentro del carrito. Levanté la vista en busca de más hallazgos, mi arrebato creció al ver que de una alcayata pen-

día una guitarra como la de Valente mi hermano. Trepé sobre el baúl para descolgarla. Era más pesada de lo que imaginé y estuve a punto de caer. Todavía sobresaltada me senté en el baúl y abracé el instrumento, después giré las clavijas para tensar las cuerdas como hacía Valente y las froté con la punta de los dedos, el canto que brotó hizo vibrar mi alma.

El tapanco rebosaba de tesoros que me cautivaban, aunque mi madre opinara lo contrario. Guarecía un hechizante misterio empolvado por los años.

La voz de Modesta y el alboroto de mis hermanos que llegaban de la escuela me volvieron a la realidad. La mañana había corrido en un instante, las horas transcurrieron como ignorando al tiempo. Descansé la guitarra sobre el baúl, sacudí mi vestido y bajé de prisa y sigilosa por temor a ser descubierta.

Todas las mañanas, en secreto me escapaba al tapanco que paulatinamente se transfiguró. Una fila de soldados de plomo montaban guardia, muy dignos, ignorantes de que se encontraban desarmados, degollados o mutilados. La muñeca dor-

mía apacible en su cochecito, arropada con un periódico amarillento.

El débil tañer de la guitarra revivió aquel siglo arrinconado. Lugar febril y solitario que a cada momento me ofrecía algo nuevo. Era dueña del entorno y del juego de mis pensamientos.

Una mañana de primavera, un intenso rayo de sol iluminó el tapanco, vi más allá de lo ya visto, al fondo descubrí otra estancia. Llevada por la curiosidad, me deslicé hasta ella, era más pequeña, tenía una ventana carente de vidrio o más bien era un boquete por donde se colaba un aire helado; me asomé y descubrí que se podía acceder al techo y me encaramé. Fui a gatas sobre tejas, luchando contra el viento hasta que alcancé la arista formada por las dos aguas, monté en ella, bajé la vista y perdí el aliento. Con la mirada abarqué todo el jardín y las casas de los vecinos, a mi altura se balanceaban las copas de los fresnos y la antena pararrayos. Me sentí dominante. Allá abajo, en la calle, transitaban coches y camiones empequeñecidos. Desde arriba todo era diverso; me supuse golondrina, podía observar sin ser vista. Vi al jardinero que arrancaba yerbas; al mozo que

cargaba un trozo de hielo, enrollado en una jerga, para llevarlo a la nevera; a Modesta que platicaba con el lechero mientras vaciaba litros en una olla. Volví mis ojos hacia la calle en el momento en que el señor que vivía enfrente se bajó de un libre y entró a su casa. Mi madre nos prohibía saludarlo, decía que era muy malo, que era masón, un hereje. Yo nunca lo saludaba porque me daba miedo que me cogiera a mazazos.

Escuché las voces de mis hermanos, se abrió la reja y entraron.

Furtivamente descendí. En el vestíbulo me topé con mi tío Silvestre, era alto y delgado, ranchero sin rancho, añorando magueyes. Desde que los revolucionarios le arrebataron su propiedad, se vio obligado a vivir en la casa de mi abuelo con mi tía Remedios y mi prima Soledad. Mi tío me preguntó qué estaba haciendo. Traté de esconderle mi procedencia, lo miré y simplemente le respondí que nada.

A la mañana siguiente mis pasos me llevaron de nuevo al tapanco y sin pensar me dirigí a la segunda habitación, la del agujero que daba al techo. Advertí que del lado opuesto, había otro

socavón pero del tamaño de una puerta, me arri-mé, sentí temor al contemplar el espacio negro. A lo lejos descubrí una luz pequeñísima, aquella es-trella me hechizó y desapareció mi desconfianza. Me sentí atraída por ella, como si me llamara, ti-tubeé, me insistió, alucinada, con paso vacilante la emprendí a caminar. Llegué hasta el lucero que emergía del muro y me asomé para descubrir qué encerraba. Satisface mi inquietud cuando vislum-bré cuatro patas de metal que seguramente perte-necían a una cama por la distancia que las separaba y por la bacinica que se encontraba cer-ca de una de ellas. Junto estaba un bote de basura y las ruedas de una mecedora. Al fondo había una puerta entreabierta. Un perrito greñado como bo-lita de nieve luchaba contra una pantufla roja. Me agité tanto que apenas y logré emitir un murmullo para llamarlo, pero fue suficiente para que el ani-malito perdiera el interés por la pantufla y corriera a mi rendija; la olfateó, ladró y dio de zarpazos. Me aparté asustada, por la prisa tropecé con los trebejos.

Al fin mi recámara calmó el sobresalto, sosega-da reflexioné en todo lo que cobijaba la estrella.

Cuando mis hermanos llegaron de la escuela, no les confesé mi descubrimiento. Si me acusaban con mi madre se me complicarían las escapadas; engullí mi secreto.

Todas las mañanas eran similares. Al igual que los otros días, vi cómo salió mi madre al trabajo y luego mis hermanos para llenarse de amigos y de aprendizaje, me resigné al abandono. De pronto recordé la estrella con el perrito y se esfumó mi soledad. Subí silenciosa al tapanco con la ilusión de verlo; como el animalito era muy travieso lo llamé Diablo. Me escurrí a mi fortaleza, caminé segura, sin miedo, salvé los obstáculos y sin detenerme llegué hasta la luz, jalé una caja de cartón, coloqué los codos en ella y sostuve mi cabeza con las manos para enfocar mejor. El lucero me mostró las mismas cosas y también la ausencia del Diablo. Esperé hasta que mis ojos se fatigaron. Estaba por claudicar cuando se abrió la puerta que se distinguía al fondo. Me sobresalté, no supe si de emoción o de miedo. Me sorprendió ver que entraban unas piernas gruesas que calzaban zapatos de señora. Las piernas iban y venían alrededor de la cama. La caja de cartón en la que me encon-

traba recargada se rompió, traté de asirme al espacio, perdí el equilibrio y caí. Un raspón empolvado me hacía daño, me asusté y lloré. Entre sollozos escuché una voz que decía:

—¿Quién llora?, ¿quién está ahí?

Descubrí que era la voz de las piernas. Sentí temor y seguí llorando hasta que vi cómo se alejaron presurosas y se cerró la puerta. Me enjugué las lágrimas antes de salir del tapanco.

Al día siguiente, con un anhelo incontenible, volví a la estrella, vi al Diablo que seguía los pasos de las piernas. Reí de gusto. Junto al perrito las piernas lucían más gruesas, traían zapatos de salir y les dije:

—Piernas, qué bonitos zapatos con tacones altos, ¿van a ir a una visita? Ellas empezaron a tratabillar. Los pies se agitaron dentro de los zapatos y el perrito se alejó temeroso. Lo llamé y vino hacia mí corriendo, arañó la rendija, chilló y ladró, esa vez no me asusté y lo volví a llamar divertida:

—Ven Diablo, ven.

Aulló y rascó la pared una y otra vez. Yo reí a carcajadas, desbordaba una felicidad inusitada. En el momento que más me divertía las piernas

salieron de prisa y para mi desdicha tras ellas se fue el Diablo.

Por la noche, durante la merienda, mis hermanos y yo escuchamos embebidos, los relatos que mi tío Silvestre nos hacía de su rancho. Nos asombramos al saber que las víboras de cristal al caer de los árboles se rompían, y que su caballo Luce-ro, lo despertaba todas las mañanas dando patadas a su puerta. También nos relató la fiesta en que sacrificaron cien gallinas, tres puercos y dos borregos y él se vistió de gala con su traje de charro con botonadura de plata.

Pero la historia que más nos subyugó fue la del muerto que se aparecía por las noches para decir dónde estaba enterrado el tesoro. En ese momento yo subí los pies a la silla y mis hermanos se rieron. El muerto les daba todas las señas y al día siguiente, los peones escarbaban en el lugar indicado, pero siempre encontraban cisco, decía mi tío que si el tesoro no te pertenecía, se convertía en cisco. Yo nunca supe que cosa era el cisco pero me impresionaba esa transmutación.

A la mañana siguiente subí al tapanco y en medio de la oscuridad sentí miedo al recordar al

muerto del rancho de mi tío, pero cuando descubrí la estrella, desapareció mi susto y me a somé a través de la rendija, vi a las piernas que calzaban las pantuflas rojas y mudas se balanceaban al son del rechinido de la mecedora, rompí su silencio:

—Piernas, estoy viendo cómo se mecen.

Se estremecieron sin responder, entonces les pregunté cómo se llamaba la estrella en la que vivían y al fin me contestaron, pero con otra pregunta y con voz entrecortada.

—¿Quién eres, dónde estás, qué haces?

Con gran regocijo les dije:

—Aquí estoy, vengo a entretenerme con cosas olvidadas en el pasado.

Otra vez su voz tartamudeó:

—¿Qué quieres, a quién buscas?

—Al Diablo, al perro Diablo.

Las piernas se levantaron y caminaron vacilantes, tropezaron con el bote que cayó derramando su contenido y pisaron los papeles. Yo les dije que estaban aplastando la basura, entonces las piernas giraron y volvieron a patearlo. Me ganó la risa, estaba en pleno regocijo cuando las piernas se alejaron.

Esa noche, a través de la ventana de mi cuarto observé el cielo y las estrellas. Reflexioné largo rato sobre cuántas de ellas estarían pobladas por perritos y por piernas.

Al día siguiente, llena de optimismo me escabullí al tapanco. Me adentré en el mundo del lucero en el momento en que el Diablo salía corriendo abandonando a las piernas. Apresurada le grité con todas mis fuerzas para evitar que huyera:

—Diablo, ven, Diablo.

Las piernas me interrumpieron, otra vez con su voz quebrada:

—¿Por qué buscas al diablo?

—Para jugar con él, porque es muy divertido.

—Le dije.

Las piernas se sentaron en la cama mientras musitaban:

—San Antonio de Padua, ayúdala a encontrar la gracia.

Qué piernas tan tontas, pensé, ¿para qué me mandan a buscar a mi hermana Altagracia si ya sé que está en la escuela? Además ella nunca quiere jugar conmigo. Así que les aclaré:

—Me aburro con Altagracia, prefiero al Diablo.

—Vete a otra parte y encuentra la paz. ¿Por qué rastreas aquí al Diablo?

—Porque siempre está ahí, contigo, en tu estrella.

Esa vez la voz de las piernas invocaron a la Virgen Santísima de Guadalupe.

Se enderezaron para bajar de la cama y posar los pies en el suelo, se dirigieron hacia la puerta, antes de llegar se inmovilizaron, dieron media vuelta y escuché su voz que me preguntó:

—¿Dónde lo has visto?

—Está ahí, junto a tus zapatos, siempre te está persiguiendo. ¿Ya no te acuerdas? si cuando se mete entre tus piernas te ríes y le dices que no sea tan travieso.

Las piernas se cansaron de platicar y una vez más salieron corriendo.

Mis hermanos tenían sus amigos en la escuela y yo a los míos en la estrella del tapanco; jugaba con el Diablo y charlaba con las piernas. Disfrutaba enormemente con mi secreto.

Es indudable que los sábados y domingos mis amigos me extrañaban, la presencia de mis hermanos me impedía acercarme a la estrella, ellos

retozaban por toda la casa y era imposible esca-
bullirme sin que me vieran.

Qué largos se habían tornado los fines de se-
mana, sentada en el primer peldaño de la escale-
ra, miraba hacia arriba con nostalgia.

Los lunes, ansiosa por ver a mis amigos, apura-
ba a todos para que partieran.

Aquel lunes de otoño cuando la casa entró en
la quietud de la soledad, me dirigí presurosa al ta-
panco. Sentí acelerada la respiración por la fatiga
de subir y por la excitación.

Desde lejos distinguí el tenue cintilar y arrecié
el paso. Recorrí la oscuridad, llegué a la rendija y
me asomé.

Me embargó una densa sensación de abandono;
la estrella apareció completamente desierta.

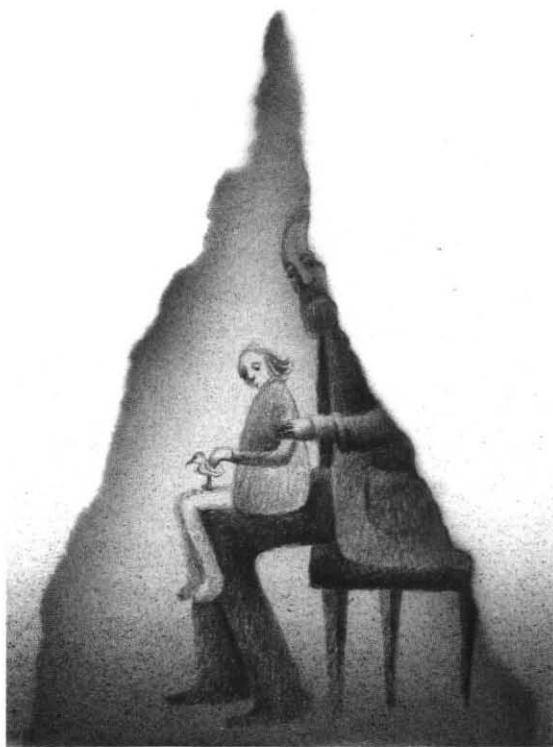
El Diablo y las piernas se habían esfumado,
con todas sus pertenencias, sin advertirme, sin un
adiós. Sólo olvidaron el vacío que se adentró en
mi corazón. Permanecí observando alentada por
la esperanza. Corrió el tiempo hasta que me sentí
desamparada.

Me di cuenta que la soledad deja de dar placer
cuando encuentras a quién darle tu cariño, mis

amigos me habían abandonado. Los ojos se me inundaron y mojaron mis manos y mi vestido. Parpadeé varias veces para contemplar la ausencia.

Descendí con lentitud, mis pasos me dirigieron a la cocina, tal vez en busca de compañía.

Encontré a Elodia que cantaba mientras echaba tortillas. Modesta entró a toda carrera y con voz excitada le dijo a Elodia que la vecina se estaba mudando de casa, porque disque en su departamento ¡había un fantasma!



EL ENCUENTRO

EL ENCUENTRO

Ese miércoles fue trascendental por el encadenamiento de insólitas experiencias. La tarde se había iluminado por el regocijo de la primera vez que me llevarían a una fiesta, tomé furtivamente el frasco de cristal, le di vueltas al tapón, percibí el olor de mi madre y me perfumé el cuello.

Me apoyé en su cama, miré la cómoda que al igual que el ropero, era alta, de madera oscura tallada. El cajón de abajo guardaba mi ropa, me senté en el piso y tuve que hacer un gran esfuerzo para abrirlo, metí las manos debajo de mis camisetitas y calzones para buscar la fruta que había cortado en el jardín, me comí una ciruela y arrojé al bote de basura un higo podrido.

Perennemente abiertas, las ventanas daban paso a la brisa perfumada y acariciante del jardín.

Me miré reflejada en el espejo, ese día me habían ataviado como de domingo, con mi vestido color de rosa de tafetán con crinolina, cinturón de terciopelo muy suave y zapatos y calcetines nuevos.

La idea de la fiesta de mi prima me excitaba, era el cumpleaños de la mayor de dos hermanas, la más simpática. La menor era berrinchuda y grosera. Además me sentía contenta porque no era domingo y no tenía que asistir a la Misa que era larga y tediosa. El latín me perdía en un amorramiento inconsciente y mi madre, tan devota, se desesperaba conmigo.

Salí de la recámara y encontré a Altagracia que reñía con Modesta quien le desenredaba el cabello. Escuché impasible el pleito que era el mismo de todos los días. Mis cuatro hermanos y yo salimos a la calle, vimos que se acercaba un coche libre, le hicimos la parada y subimos. La falta de espacio me obligó a sentarme en las piernas de Pablo. El chofer preguntó a dónde íbamos.

—A la casa de mi tía Victoria, le informé.

Todos se rieron y Valente le dio una dirección. Me sentí cohibida, además temí que no iríamos a la fiesta.

La ventanilla me fue mostrando al vendedor de raspados, al de algodones y al de correosas, se entreoían las risas de los niños que se columpiaban en el parque y los gritos del ropavejero...

Pronto llegamos a la casa de mi tía y sentí un gran alivio. Desde la calle escuché el alboroto de la fiesta y tomé la mano de Santiago para entrar acompañada. Pero mi hermano me soltó y junto con Valente, Pablo y Altagracia se añadió a la barahúnda de los chiquillos. Aturdida por la cantidad de niños que retozaban, me desplacé tímidamente a un rincón de la sala, donde permanecí hasta que al llamado de mi tía salimos al jardín para romper la piñata que era una bruja. Busqué refugio debajo de un árbol y desde ahí miré cómo le daban de palos hasta desbaratarla provocando una lluvia de fruta y dulces que ocasionó pleitos y empujones. Pensé que las fiestas no eran tan divertidas.

Una mandarina llegó rodando al pie del árbol donde me encontraba, la rescaté y me volví hacia los lados temerosa de que alguien me viera. En ese instante surgió en el jardín un señor que absorbió mi atención. Era muy delgado, con sus ojos hundidos, de mirada huraña, iba reconociendo a cada niño. Al verme, caminó hasta mí, se inclinó, me levantó y me dio un beso en la mejilla. Me sonrojé apenada, me volvió al piso y me tomó

de la mano. Altagracia nos vio y llamó a mis hermanos gritando.

—Ya llegó papá, vengan a saludarlo.

Entonces aprisioné su mano complacida. ¡Yo sí tenía padre! ¿Por qué nadie me lo había revelado? Ni mis hermanos, ni mi madre cuando la interrogué. Habían transcurrido cinco años sin enterarme que tenía padre. Lo miré confundida y se me ocurrió presumirle la mandarina que había escondido, me sonrió y se encucilló para ayudarme a pelarla. Con regocijo metí un gajo en su boca y otro en la mía.

La tía Victoria volvió a convocar y un ruidoso tropel entró a la casa. Yo caminé ufana, asida a mi padre. Un señor lo saludó y lo interrogó por su tardanza. Él le dijo algo de un cliente y que se había detenido a cargar gasolina.

Me sentí orgullosa de que mi padre poseyera un automóvil. Entonces me acordé de Ishca, la hija de nuestra cocinera. Cada primer domingo del mes Elodia la peinaba llenándola de vaselina y hasta le brillaba la frente, le ponía su vestido satinado y moños en las trenzas porque su papá pasaba a recogerla.

Miré al mío. ¿No sabía él que a mí me gustaría ir a Xochimilco y comer barquillos y soplarle a un rehilete? Sentí celos de la Ishca.

Llena de ilusiones, aprisioné la mano de mi padre, pero él se desprendió e ignoró mi presencia prefiriendo la charla con su amigo. Desconcertada, permanecí cerca de él solicitándole amparo con la mirada. Al sentirme desairada decidí alejarme poco a poco, con paso lento, con la ilusión en el pecho y el deseo de que me llamara. Llegué a la puerta de la casa, escuché gritar las mañanitas y permanecí ahí musitándolas. Mi prima se infló de aire y apagó las velas que adornaban un delicioso pastel. Los invitados, al unísono, reclamaron su rebanada. Di unos pasos para recargarme en un sofá. Los niños se embarraban la boca y las manos de merengue. Mi tía me dio una rebanada; la comí muy despacio, saboreando mis agridulces pensamientos.

Los otros chiquillos y mis hermanos eran ráfagas. Mi padre proseguía su diálogo sentado en el jardín. A mi tía le arrebatában bolsitas con dulces y juguetes. Altagracia ya tenía la suya, fui hacia ella y le rogué que me consiguiera una. Me miró con desdén y me dijo:

—Pídela tú —y se alejó. Para que no la fastidiara o para que no descubriera su regalo. Entonces busqué a alguno de mis hermanos sin conseguirlo. Vi a mi tía que se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano; después miró satisfecha a los invitados que relamían dulces y comparaban obsequios. Me aproximé a ella, me coloqué de puntitas y sentí alivio; en la charola todavía se hallaban varias bolsas. Me preguntó si ya tenía la mía, negué con la cabeza y me la dio. Volé hasta mi rincón, me senté en el piso, metí a mi boca un caramelo y luego abrí la caja que contenía una marimba con teclas de colores y dos palitos, tomé uno y fui golpeando cada tecla, descubrí que emitían los mismos sonidos del piano que estaba en la sala de mi casa. Entusiasmada toqueteé “Martinillo” y optimista me aventuré a requerir a mi padre. Llegué hasta él, distraído me tomó y me sentó en sus piernas. Aproveché para mostrarle la marimba y le toqué la pieza. Él se sorprendió y a mí se me salió una carcajada.

De improviso, el señor con el que conversaba se despidió. Sentí un extraño placer y cierto nerviosismo de encarar yo sola a mi padre. Mi mente

fantaseó con ilusiones sublimes. Él, indiferente, me plantó en el suelo y sin decir palabra, me besó la frente y me abandonó.

Mi vista lo siguió hasta el infinito.



EL PERICO VERDE

EL PERICO VERDE

Iniciaba diciembre y comenzaba el entusiasmo, el mercado rebozaba de adornos con aroma a Navidad. Por las calles circulaban vendedores de guajolotes, piñatas, cohetes y luces de bengala.

Una mañana mi madre nos dio la noticia de que ese día instalaríamos el árbol y el nacimiento. Mis hermanos saltaron de alegría. Yo los imité y luego volé a mi recámara, abrí el cajón de abajo de la cómoda y revolví mi ropa hasta que hallé al periquito verde de barro. Un año atrás, mi abuelo me lo había comprado al salir de Misa. Lo tomé y lo escondí en la bolsa de mi vestido.

La sala me recibió impregnada por el perfume del pino cuya punta llegaba hasta el techo. Vi cómo Valente la cortó para convertirla en estrella. Mi madre nos llenó de recomendaciones y se retiró a su cuarto. Santiago desenredó las series de foquitos con resplandores y el árbol se iluminó.

Sentada en el tapete observé a mis hermanos que fueron llenándolo de esferas. Metí la mano en

mi bolsillo y complacida acaricié al periquito, que pacientemente había esperado un año para posarse en el nacimiento. Levanté la vista y me conmoví, el árbol brillaba de mil colores.

Mi madre irrumpió en la sala, con mirada de aprobación nos dijo que podíamos empezar el nacimiento. Mis hermanos desenterraron al pueblo de Belén de sus cajas y lo situaron en el piso, después formaron una montaña con mesas que cubrieron de musgo.

Mi madre colocó el pesebre en la parte de arriba, al centro, dentro formó el lecho del niño Jesús con un puñado de heno. Muy devota, con manos temblorosas, tomó a la Virgen, le besó los pies y la colocó a un lado, lo mismo hizo con San José; después la vaca y el burro, pero a esos no los besó, luego, encendió su cigarro y se retiró.

Valente hizo una cueva con piedras y dentro dispuso a meditar a su ermitaño. Me acerqué para ver si entraba mi perico, al verme de pie, Santiago aprovechó para mandarme al jardín a buscar unas varitas. Regresé corriendo, él formó una fogata con ellas y junto sentó a su friolento para que entrara en calor. Pablo había instalado un es-

pejo roto para que nadaran los cisnes y los patos. Descubrí un patito perdido en el suelo. Lo rescaté y aproveché que nadie me estaba viendo para meterlo al lago. Entonces saqué de mi bolsillo a mi perico para posarlo en la orilla, junto a un árbol, pero antes de que lograra colocarlo, Altagracia me ordenó que no la estorbara y sumisa me retiré. Vi cómo ella dispuso en fila a los Reyes Magos. La montaña quedó salpicada de pastores, borregos, pollos, casitas y magueyes. Qué hermoso es Belén, pensé, confiada en colocar a mi perico dentro. Mis hermanos salieron para llamar a mi madre.

Ya sola, observé cada hueco, cada rincón, tratando de encontrar un lugar adecuado. Mis hermanos y mi madre regresaron muy pronto, ella movió una casita para acá, un borrego para allá y luego dijo que el nacimiento había quedado muy hermoso. Altagracia le presumió a los Reyes Magos, Pablo el lago, Valente a su ermitaño y Santiago a su friolento. Mi madre sonrió satisfecha, consultó su reloj y en seguida decidió que fuéramos a comer.

Yo me rezagué para finalmente y en paz poder

acomodar a mi perico, exploré el nacimiento anhelante. Un jalón de mi madre me sacó de Belén y sin fijarse me quemó el brazo con su cigarro al tiempo que me decía:

—¿Qué haces ahí parada como bamba?, ¿no ves que ya es muy tarde y van a llegar mis amigas?

Caminé sobándome el brazo, pero lo que más me ardía era tener que esperar hasta después de la comida para aposentar a mi perico en el nacimiento. Resignada, sin decir nada, lo volví a enclaustrar en mi bolsillo.

Con el último bocado me levanté y mi madre sacó el manual de Carreño: —Para levantarnos de la mesa, esperemos a que se ponga de pie la persona que la presida, y nunca lo hagamos antes de nuestros padres o cualesquiera otra persona de mayor respetabilidad.

Me vi obligada a esperar a que ella se levantara para salir corriendo. Mi perico debía morar en el nacimiento antes de que llegaran sus amigas.

Nervioso empezó a recorrer el pueblo, se colocó arriba de una casa, el techo estaba inclinado y resbaló; se paró sobre la cueva del ermitaño, las piedras eran redondas y volvió a caer; consterna-

do escudriñó por todos lados hasta que su vista se detuvo en el pesebre y supo cuál era su lugar. Mi perico debía adorar al Niño Jesús. Lo tomé con cariño, le besé las patitas y con precaución subí por el nacimiento. Cuando alcancé la parte de arriba lo coloqué entre la Virgen y San José.

Descendí con cierta dificultad, desde abajo el verde de mi perico descollaba en el pesebre. Empezaba a disfrutarlo cuando escuché las voces de las amigas de mi madre y me escondí detrás de la puerta de la sala. Me daba vergüenza saludarlas.

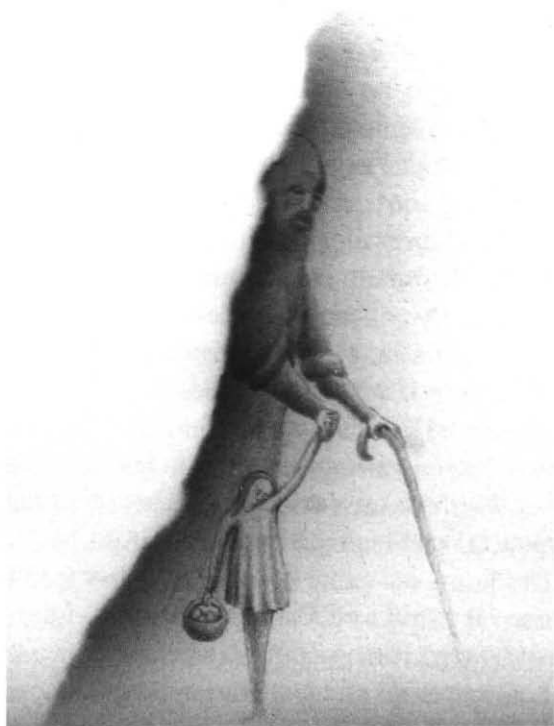
Mi madre las recibió con besos y muy ufana les presumió el árbol y el nacimiento, de pronto su sonrisa se transmutó en un grito histérico:

—¿Qué hace ese perico en el pesebre? Alterada ante tal sacrilegio, lo tomó y lo arrojó.

Desde mi escondite escuché el golpe seco del perico al estrellarse contra la pared detrás del árbol y luego cómo cayó hecho pedazos.

Las amigas de mi madre rieron divertidas.

Engullendo las lágrimas, me ahagué en el silencio.



EL ABUELO

EL ABUELO

Noventa años se interponían entre mi abuelo y yo; nos ataban la música, el piloncillo y la soledad. Era un viejito encantador, bondadoso y sensible. Todos los días muy temprano acudía a la iglesia.

Una mañana, cuando regresó de misa de seis, como de costumbre la familia se sentó a desayunar. La mesa ovalada daba cabida a veinte personas, la cubrían dos manteles que se entreveraban al centro. Uno floreado con nuestros lugares y el otro a cuadros con los de mis tíos y mi prima. Las dos familias habitábamos en la vieja casona, pero conducíamos vidas completamente independientes. Su vajilla, cubiertos y vasos eran diferentes a los nuestros, también sus guisos, los de ellos eran más sabrosos. El abuelo presidió la mesa alimentándose únicamente con un pedazo de papaya y su té de manzanilla. Yo intercalaba tragos de chocolate con leche y mordidas de pan dulce.

Al terminar, cada uno se encaminó a sus dili-

gencias. Sólo mi abuelo y yo permanecimos abrazados por el silencio de la casa. Se pasó la servilleta por los bigotes, la dobló y se levantó con toda calma, luego cubrió su escasa cabellera blanca con una gorra de lana y se apoyó en su bastón, preparándose a emprender nuestro diario paseo. Corrí a la cocina por la canasta y le di alcance en la puerta que daba al jardín. Me tomó de la mano, sentí cómo le sobraba piel y me afiancé a sus arrugas.

Esa mañana las flores desprendían un perfume muy intenso, aspiramos profundo y nos llenamos con su aroma, dimos unos pasos para adentrarnos en la yerba que nos salpicó de rocío refrescando nuestro andar. Gozamos al descubrir los brotes más hermosos y nos los mostramos: Siempreviva, pensamiento, nomeolvides y agapando, el emblema de la Quinta, por todo el jardín crecían agapandos, primaveras lilas pobladas de colibríes. Dos pájaros se posaron en una rama del ciruelo. Mi abuelo los señaló y me dijo:

—Fíjate cómo las tórtolas siempre van en parejas, como los enamorados y como las cerezas. Le gustaba hablar en verso.

Seguimos nuestra caminata. Yo brincando de baldosa en baldosa, él andando muy despacio.

Cada día la emprendíamos por una ruta nueva. Yo era la guía. Me adentré por los matorrales obligándolo a saltar varias plantas. Luego pasamos debajo de la chayotera. Sin fijarme, mi brazo rozó un chayote, mi abuelo sacó su pañuelo y con suavidad borró los surcos que habían dejado las espinas. Al llegar al quiosco se sentó y después de reposar por unos momentos, continuamos hasta el final de la vereda para llegar a nuestro destino que era el gallinero. Con mano temblorosa abrió la puerta de tela de alambre. En cuanto entramos la cerró para evitar que se escaparan las aves. Bajo los geranios, descubrí una bolita amarilla, vi que era un pollito recién nacido, contenta se lo mostré a mi abuelo y me dejó acariciarlo. Él me leía el pensamiento, me dijo que el pollito era mío. Luego me advirtió que si lo llevaba a la casa le tenía que buscar lombrices y gusanos y dárseles en el pico. Decidí regresárselo a su madre. Mi abuelo empezó a ahuyentar a los gallos y las gallinas con su bastón. Entre cacareos les robé los huevos y los fui escondiendo en la canasta. Cuan-

do estuvo repleta la tomamos entre los dos para dividir el peso y regresamos a la casa caminando con cuidado.

Seis años atrás mi abuelo había festejado sus noventa bailando el jarabe tapatío y al ritmo de la marcha de Zacatecas, apagó las velas de su pastel. Todavía se encontraba muy fuerte y animoso.

Un mes después de su cumpleaños, era el mío, mi madre me confeccionó un vestido con mi color preferido, azul cielo, me sentí feliz por estrenar y por cumplir seis años. Era un día especial solamente para mí, como no me lo festejaban, a los demás les era indiferente. Tal vez mi madre no encontraba el tiempo para hacer fiestas porque trabajaba o ya se había cansado de celebrar, pues yo era la quinta, pero mi tía Remedios me hizo un pastel con pajaritos de azúcar glass y me sentí agasajada. Ella casi nunca salía de la casa y suplía la ausencia de su hermana, humilde y discreta, con generosidad desinteresada; velaba enfermos, arrullaba niños, desbarataba pleitos, consolaba caídas y festejaba ocurrencias. Era otra madre, un bálsamo.

Por la tarde me escurrí a la recámara de mi

abuelo con el anhelo de escucharlo tocar su violín. Mi madre me descubrió y me recomendó que no lo cansara, no comprendía que nos fundíamos solazándonos en pláticas, músicas y caramelos.

Al llegar a la puerta de su cuarto di unos golpecitos con el puño y arrimé el oído para escuchar los pasos que lentamente se acercaron, lo retiré cuando rechinó la puerta. Mi abuelo me cubrió con su mirada. Abrió su ropero y sacó un pedazo de piloncillo y un martillo, los colocó sobre la mesa y de unos golpecitos partió el dulce; yo lo seguí saboreándome.

Le pregunté si apetecía tocar su violín, me contestó que más tarde.

Poseía una enorme mecedora tapizada de bejuco donde reposaba, se sentó en ella y me colocó en sus piernas. Entonces empezó a mecer sus recuerdos al sabor del piloncillo.

Cuando yo era niño vivía en Chalchihuites, un pueblito encajado en la árida Zacatecas. Un mediodía, asoleado, salí de la escuela y empecé a caminar por la vereda de tierra que me llevaba a mi casa. A lo lejos vi cómo iba avanzando una enorme polvareda provocada por un desconocido que



2893708

arrastraba un carrito con una caja muy grande. Lleno de curiosidad arrecié el paso, caminé cada vez más de prisa, hasta que estuve cerca del singular personaje. Intrigado le pregunté de dónde venía, el hombre sin voltear a verme me dijo con voz cansada:

—Vengo de todas partes y de ninguna, me paso la vida de pueblo en pueblo.

Un poco confundido y lleno de curiosidad lo interrogué acerca de la caja que llevaba. El desconocido me miró diciendo que eran máquinas fotográficas. Se dio cuenta de que yo iba bien vestido, recapacitó y con un tono de voz más amable me preguntó si me gustaría tener una.

Yo había visto algunas fotografías y sólo de pensar en la posibilidad de poder tomar un retrato me llené de entusiasmo. Estaba excitadísimo. Fui corriendo a la casa, busqué mi alcancía y con mano firme quebré el puerquito. El vendedor exigía veinte centavos y yo sólo tenía diecisiete, me sentí desilusionado pero no vencido. Permanecí junto al merchante toda la tarde rogándole que me la rebajara. Como a las seis, tal vez por cansancio o porque todavía le quedaban varias máquinas, ce-

dió y me la dejó más barata. Me dio la cajita de cartón preparada para tomar un retrato. Sin perder tiempo recorrí todo el pueblo en busca de algo que valiera la pena para plasmar mi fotografía, ningún escenario me satisfizo. Esa noche no conseguí dormir. Al día siguiente muy temprano me fui al campo, subí montañas y crucé riachuelos, hasta que en cierto punto encontré lo que buscaba. Un águila se hallaba suspendida en el espacio delante de una cascada. Sin perder tiempo apoyé mi máquina fotográfica en la rama de un árbol. El vendedor me había recomendado que estuviera inmóvil. Centré al águila en la mirilla y disparé para atraparla. Regresé al pueblo con mi caja llena de agua y de graznidos.

Le pregunté a varias personas cómo hacía para revelar mi foto. Nadie sabía; fui a la lechería, a la pulquería, al estanquillo. Estaba desesperado, entonces el carbonero me aconsejó que interrogara a don Fructuoso el boticario, él supo inmediatamente de qué se trataba. Era muy ilustrado porque había estudiado en la capital. Mi ilusión duró pocos minutos, don Fructuoso me aseguró que se necesitaban unos líquidos especiales. El águila y

la cascada quedaron para siempre aprisionados.

Yo disfrutaba con la infancia de mi abuelo, lo abracé apretándolo hasta que se quejó y luego lo besé. Miré el piloncillo y él contó los trocitos diciendo:

—De uno, de dola, de tela canela, sumbaka tabaca, de vira virón, cuéntalas bien que las doce son —tomó uno y me lo metió en la boca.

Una tarde asoleada me encaramé en la higuera para cortar sus frutos, de pronto escuché el ooooouuuuu de mi tía Altagracia. Era cantante de ópera y siempre anunciaba su llegada con una vocalización muy peculiar. Bajé del árbol y corrí a la reja, vi a mi tía que entró con su enorme sonrisa, su vestido floreado y su trenza alrededor de la cabeza. Se inclinó para darme un beso. Con garbo lanzó hacia la espalda las puntas de su rebozo tornasol, abanicándome con una suave brisa. Su voz era tan melodiosa que daba la impresión de que en vez de hablar, cantaba. Detrás de ella entró la maestra de piano.

Mi tía era madrina de mi hermana, por eso Altagracia llevaba su nombre, era su consentida y para su infortunio mi tía le costeaba lecciones de

piano, a mi hermana le daba pereza estudiar y las detestaba. Esa tarde fingió una jaqueca para zafarse de su clase.

Dentro de mí, reinaba la ilusión de interpretar al piano las piezas que escuchaba en el radio de mi abuelo. No recuerdo si nunca se lo dije a mi madre o si ella no le dio importancia.

Después de beber un poco de agua y sin haber convencido a Altagracia, mi tía y la maestra se despidieron.

Yo permanecí en la sala, me senté al piano y toqué escalas y arpeggios, imitando con los dedos, los movimientos que hacía mi hermana cuando se sometía a sus lecciones.

Al anoecer, los sonidos del violín de mi abuelo empezaron a correr prolongados, agudos y melódicos; yo me apoderaba de ellos balanceándome en la mecedora. Cuando dio la última nota le pedí que me permitiera tocar su instrumento. El tomó mi mano y la colocó en el diapason, me sentí enorme, pero mis dedos eran muy pequeños y por más que me esforcé no logré presionar las cuerdas, entonces me prestó el arco, lo froté contra ellas y brotó un chillido que nos destempló las

muelas. Supe que el violín era muy difícil.

¿Por qué se le ocurriría a mi abuelo tocar el violín en lugar del piano?

Ya era tarde, mi abuelo guardó su instrumento y bajamos a merendar.

Al día siguiente, un poco desganada, entré a la sala, le di vueltas al banco del piano para subirlo y me trepé en él. Pasé el índice varias veces apoyando las teclas una tras otra, formando escalas naturales. Eso bastó para animarme, con arrebato mis dedos empezaron a improvisar una melodía. No era música estructurada, eran sonidos atonales que me inundaban de placer. Si cuando escuchaba música me llenaba un goce profundo, cuando la interpretaba el sonido me envolvía, me hacía flotar dentro de una atmósfera sonora hechizante que me elevaba a la exaltación.

Altagracia entró a la sala y me dijo que no aporreara el piano porque lo desafinaría. Bajé la tapa ocultando las teclas y mi inspiración. Entonces decidí naufragar en la condescendencia de mi abuelo.

Cerca de la mecedora se encontraba un buró y encima un radio muy grande de madera. Bastó

que mi abuelo girara el botón y las notas del concierto para clarinete de Mozart flotaron en el cuarto. Escuchamos en silencio, sin comer piloncillo, sin mecernos, casi con el aliento suspendido, hasta que finalizó el concierto y mi abuelo apagó el radio. Entonces lo insté a que tocara su violín, me confesó que se sentía muy cansado. Le revelé que cuando yo fuera grande interpretaría el piano y juntos daríamos conciertos; se le inundaron los ojos, me besó y me acompañó hasta mi recámara.

Una mañana nublada y fría de enero me desperté sobresaltada por un rumor extraño. Me senté en la cama y agucé el oído, me llegó un susurro de voces. Me vestí de prisa y bajé con cautela. En cada peldaño el murmullo se iba multiplicando, me sentí inquieta. Cuando llegué al descanso me sobrecogí al ver que el enorme vestíbulo se encontraba atiborrado de personas muy serias vestidas de negro que hablaban en voz baja. Sentí desesperación al no entender nada.

Haciendo a un lado faldas y pantalones, me escurrí y cuando alcancé la puerta de la sala, permanecí atónita. Al centro destacaba un cajón muy

grande de madera, flanqueado por cuatro cirios, rodeado por señoras que estaban hincadas rezando, mi madre entre ellas. No obstante que la atmósfera era estrujante, me acerqué. Mi madre me vio y me dijo:

—Tu abuelito se fue al cielo, Dios se lo llevó.

Se me oprimió el corazón. Imaginé a mi abuelo entre nubes, en lontananza. Le pregunté qué había en el cajón. Me contestó que el cuerpo de mi abuelo, que Dios se había llevado el alma. Me estremecí al saber que Dios se llevaba el alma y dejaba el cuerpo.

En ese momento entraron a la sala unas señoras que sollozando se abrazaron a mi madre. Aproveché para salir, me alteraba ver el cajón, a mi madre que lloraba y peor aún, escuchar aquellos rezos.

Al pasar por la terraza advertí que mis hermanos se encontraban en el jardín, seguí y entré al vestíbulo. Los pensamientos se agitaron en mi cabeza; mi abuelo, su violín, su mecedora, el sabor a piloncillo, la ausencia.

Me coloqué en un rincón, me sentí mareada, la casa nunca había estado invadida por una muchedumbre como esa. El aire era denso, se respiraba

con dificultad. A pesar del mareo me mantuve de pie, triste, solitaria. Las personas se movían en cámara lenta, distantes, sombrías.

Irrumpió una fila de hombres, mi madre salió de la sala y cuando su mirada se cruzó con la mía, caminó hacia mí y con lágrimas en los ojos me dijo que fuera a ver por última vez a mi abuelo.

Yo me resistí, ella, acongojada y nerviosa, me tomó con fuerza del brazo y enterrándome las uñas me arrastró hacia la sala. Llena de pánico quise detenerme entre la multitud que se apartaba cediéndonos el paso. Llegamos al cajón y mi madre me tomó en sus brazos, temblorosa abrió una tapita; el corazón se me detuvo cuando apareció la cabeza de mi abuelo. Se encontraba pálido y tieso como santo de iglesia. Me llené de espanto.

Mi madre me susurró unas palabras al oído. Escondí la cara entre mis manos, luego trepé hasta sus hombros tratando de escapar. Ella luchó conmigo. Me arrastró un llanto caudaloso y desesperado.

Me sentí aterrorizada ante la orden de tener que ¡besar a mi abuelo!



UNA ÁLGIDA MONEDA

UNA ÁLGIDA MONEDA

Mi padre vivía con mi abuela arguyendo que no quería dejarla sola. Yo no comprendía por qué prefería dejarnos solos a nosotros.

Todos los miércoles me atormentaba el tener que ir con mis hermanos a comer a casa de la abuela; me espantaban las máscaras que pendían de las paredes. Mi padre era muy parco y mi abuela regañona, bajita de estatura y muy redonda, con ojos hundidos, nariz aguileña y boca chiquita; parecía una lechuza. Nació en Yucatán y los cincuenta años de vivir en la capital no habían inhibido el acento de su tierra. A todo el mundo insultaba, casi siempre, en maya. Tenía pasión por la baraja y por la cocina; se rumoraba que había perdido todas sus propiedades en el juego. Ella se jactaba de ser una experta en los guisos yucatecos y realmente lo era. Sus platillos me parecían lo único bueno y la nieve y el pastel de fresas.

Cosa insólita, ese miércoles tenía yo particular interés por ir a la comida, me era difícil refrenar

el deseo de darle la gran noticia a mi padre.

Al mediodía llegué con mis hermanos a casa de la abuela. Ella nos abrió la puerta reprochándonos:

—Al fin llegaron, mentecatos, pónganse a batir la nieve porque ni crean que me voy a fatigar por sus lindas caras.

Por turno mis hermanos le dieron vuelta a la manija de la heladera. Yo esperé anhelante, hasta que se cansaron, entonces traté de girarla, apenas y lo logré, en ese instante apareció mi abuela para supervisar y dijo, o mejor dicho gritó:

—Muévala otro, esa caballa entelerida, no va a acabar ni el día del juicio.

Le cedí mi lugar a Pablo. Sonó el timbre, me levanté para recibir a mi padre y soltarle la noticia. Mi abuela abrió y escuché cómo insultó al pobre hombre vendedor de sarapes. Me senté de nuevo y cuando todos los brazos estaban extenuados, llamamos a la abuela. Refunfuñando, encajó un dedo en la nieve de mamey para saborearla y aceptó que ya estaba lista. Como premio le ofreció un vaso de coca-cola a Valente que era su preferido. A nosotros nos mandó a la casa de la Xpascuala a llamarla porque la necesitaba. Era la

señora que hacía las tortillas y la ayudaba en la cocina.

Valente se sentó en un sofá de la sala a beber su coca-cola. Mi padre no llegaba. Sólo el pensar que le daría la noticia me exaltaba, lo esperaba ansiosa.

Mi abuela nos carrereó. Santiago se hizo el desentendido y también Altagracia, Pablo y yo salimos de prisa a buscar a la señora. Mi hermano iba muy rápido y yo jadeaba, al fin llegamos a la vecindad y tocamos en la segunda puerta, de inmediato nos abrió una niña toda chorreada y más allá cerca de la estufa estaba Pascuala. El cuarto olía a tortillas recién hechas. Entramos y mi hermano le dijo a la señora que la abuela la necesitaba. A gritos porque el radio estaba a todo volumen. Pascuala nos dio una tortilla caliente con sal, enrolladita, que devoramos mientras esperábamos a que contara docenas.

La casa de mi abuela era la última de una calle cerrada que remataba contra un talud de tierra. Ahí encontramos a mis hermanos muy entretenidos jugando, Pablo se les unió. Yo seguí a Pascuala para averiguar si había llegado mi padre.

No lo vi y salí apresurada, evitando la mirada de mi abuela. Me senté en el escalón de la entrada a esperarlo. El corazón me dio un vuelco cuando se acercó el automóvil café. Me levanté, mi padre bajó del coche y me acerqué a él, mis hermanos llegaron con su alboroto. Mi padre ignorándome se dirigió a ellos. Entonces lo jalé del pantalón hasta que se inclinó y de un rozón me besó la mejilla. Empecé a hablarle pero él no se enteró y abrió el saguán para entrar a la casa. Lo seguí apresurada. La abuela recibió a su hijo diciendo:

—Con cien mil de a caballo, siempre llegando tarde. Él no le respondió, casi nunca decía nada.

Se sentó en la cabecera de la mesa y mis hermanos ganaron los lugares que estaban a su lado. Me conformé con colocarme al otro extremo, no me atreví a hablar desde allá y decidí esperar hasta el final de la comida para comunicarle la noticia.

El caldo de gallina con menudencias, humeaba en cada lugar, iba acompañado por unos chanchanes que nos repartió mi abuela. El plato fuerte era relleno negro. Comí con suma precaución para no manchar el mantel y evitar los regaños.

Mi abuela comía temprano para poder atender-nos y porque siempre iba con la palabra en la boca. Entraba y salía de la cocina pensando en voz alta; tenía la ilusión de sacarse la lotería para ir a Japón y ver cómo eran los chinos. Le gustaba la campiña y se lamentaba porque a los arquitectos no se les ocurría construir las ciudades en el campo. Se quejó, pero más que quejarse disfrutaba, porque había tenido que guisar cantidad de carne pues en la noche irían a jugar pócker sus amigos y ¡cómo tragaban!

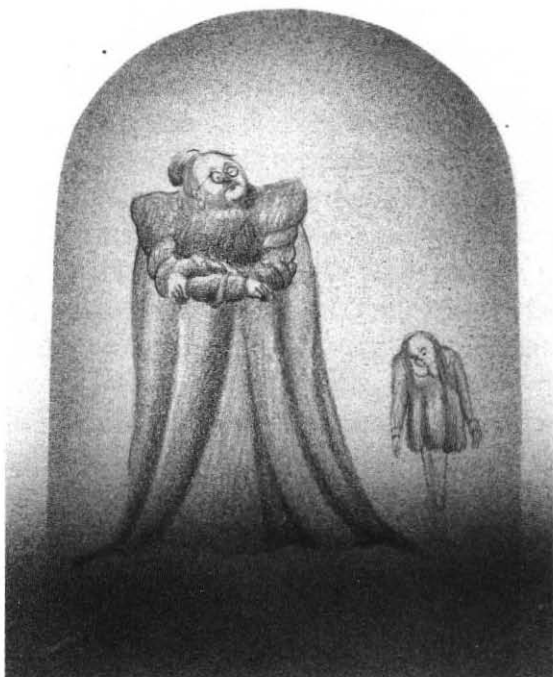
Cuando terminamos de comer el relleno, la abuela preguntó si alguien deseaba más. Valente se aventuró y pidió otro poco, mientras le servía varias cucharadas lo reprendió porque parecía barril sin fondo y lo amenazó diciendo que lo mantuviera el gobierno, que le iba a dar Xornac por comer tanto y además que ya nos había advertido que tenía que guardar guisado para la cena. Me vio con sus ojos de lechuza y me preguntó si apetecía más. Sentí temblar el tenedor en mi mano y negué con la cabeza. Ella de todos modos se enojó y me regañó porque no me había gustado su relleno y me tachó de cotufosa.

El sabor a mamey se desbarató en mi paladar, al fin habíamos llegado al postre. La abuela se hundió en un periódico buceando su número de la lotería, de pronto empezó a cantar en maya: Conex, conex..., me saqué reintegro.

Con fatiga, ya sacios, nos levantamos de la mesa. Mis hermanos salieron directo al monte de tierra. Apresurada seguí a mi padre, ardía por comunicarle que ya era grande y que había entrado a primero de primaria. Él no se percató, tomó su saco y pretextó tener prisa por ver un cliente. Le dio un beso a su madre que lo reprendió por partir temprano por culpa de un xmacá.

Con premura salió de la casa. Lo seguí tan de cerca que casi tropezamos. Afuera llamó a mis hermanos y como solía hacer todos los miércoles, sacó de su bolsillo cinco pesetas. Aguardé inquieta a que se despidiera de ellos. Cuando lo tuve frente a mí, me sentí agitada, papá, empecé a decir, me besó, me tendió la peseta, subió al coche y partió.

Bajé la cabeza y miré la palma de mi mano: Una lágrima mojó la álgida moneda.



AL QUE MADRUGA

AL QUE MADRUGA

Me sobresaltó el campanazo que anunciaba el Madentrarme en el tedio cotidiano. Mi madre amodorrada estiró el brazo, apagó el despertador y se volvió a acurrucar. El día anterior había llegado tarde del trabajo.

Mi hermana Altagracia se levantó bostezando y yo la imité. Entre dormidas y despiertas tomamos nuestra ropa y en silencio salimos del cuarto. Nos sentamos en la banca del hall a esperar nuestro turno para entrar al baño. La casa era grande pero a principios del siglo, cuando el abuelo la construyó, ya era un gran lujo tener un baño inglés.

Mi tío Silvestre salió de asearse con su toalla, su jabón y su rollo de papel, nos dio los buenos días, cerró el paraguas y lo dejó cerca de la puerta. Altagracia se incorporó y se apoderó de él, había una gotera exactamente arriba del excusado.

Las seis campanadas del reloj me anunciaron que había madrugado. Era una mañana lluviosa y abracé mi ropa tiritando.

Con toda paciencia fui quitando las pelusas que se habían adherido a mi uniforme de lana azul marino. Después lustré mis zapatos y limpié el cuello de plástico. Las monjas eran perversamente escrupulosas con la limpieza.

La ilusión por ir al colegio se me esfumó desde el primer día.

Mi hermana salió y me encumbré, pero en ese mismo instante, mi prima Soledad abrió la puerta de su recámara y sin dar los buenos días, se adueñó del baño, jamás hablaba con nadie, a veces conmigo, pero sólo si estaba de buenas. Esa mañana no lo estaba.

Poco después llegó mi tía Remedios, ella nunca obstaculizaba el baño. Con un cepillo escarmenó su lengua cabellera; con habilidad la redujo a un pequeño chongo debajo de la nuca agarrado por dos peinetas. Cuando la vi con el cabello suelto, recordé que por la noche había soñado que ella volaba dando vueltas alrededor de la casa, con el cabello ondeando al viento, primero pasaba por una ventana de mi recámara y luego por la otra.

La observé pensativa, rehaciendo mi sueño.

Mi tía y Altagracia bajaron al comedor. Temí

que no me iba a dar tiempo para desayunar. Mi hermana era impaciente y ya se estaba haciendo tarde. Soledad salió del baño y antes de que aparecieran mis hermanos, me deslicé con rapidez y cerré la puerta. Con la prisa olvidé el paraguas y sentí las gotas heladas a través de mi cabello, me di un regaderazo, me vestí con ligereza y me vi en el espejo para constatar que me encontraba bien aliñada. Bajé las escaleras volando, Elodia la cocinera había colocado al centro de la mesa un canasto con bizcochos y en cada lugar una taza de chocolate con leche. Probé el mío que ya estaba tibio. Entonces mi tía comentó que la noche anterior había tenido un sueño extraordinario, soñó que volaba alrededor de la casa. Por la impresión rechacé mi desayuno. Sin decir nada me escabullí al vestíbulo.

La mañana persistía oscura y mojada. Caminé atrás de Altagracia hacia la esquina donde pasaba el camión gris. La mochila abrigaba mi espalda, llevaba la cabeza baja para defender mi cara de la lluvia y para advertir los charcos. Iba arrimada a las bardas de las casas porque los días lluviosos eran muy peligrosos; los coches salpicaban la

banqueta y en la entrada de la escuela, estaba al acecho una monja despiadada. Cualquier mancha en el uniforme, o en otro lado, te condenaba. El zopilote te atrapaba con su garra y te ponía de muestra ante todas las niñas que entraban. A las ocho clausuraba la puerta para arrastrarte a la dirección. Allí la madre superiora te sermoneaba por sucia, por ser la vergüenza de la escuela, de la ciudad y de la patria... Al final llegabas tarde a tu salón y tenías que soportar los gruñidos de la maestra. Caminé con suma atención.

Mi hermana y yo llegamos a la esquina y nos unimos al conjunto de personas que esperaban el autobús. Las dos calles formaban un chiflón cortante que me heló.

El frío o la proximidad de la escuela habían metido el mal humor en Altagracia. Me miró cólera y atizándome varios pisotones me ordenó que me hiciera a un lado.

Luché para que mis pies adoloridos me alejaran de ella, casi no sentía los dedos. Me llené de terror cuando descubrí mis calcetines manchados de lodo.

A lo lejos se distinguió un punto gris y la ilu-

sión entusiasmó a los que aguardaban. Caminamos a la orilla de la acera extendiendo el brazo para indicar la parada. El semáforo encendió la luz verde y el camionero aceleró y pasó de largo, sin escuchar las exclamaciones de enojo, de quejas y de insultos.

Yo experimenté cierta tranquilidad de que se prolongara mi llegada a la escuela. Pero Alta-gracia no se aguantó y me propinó un pellizco. Las lágrimas se asomaron a mis ojos, guardé silencio. Sentía vergüenza de que los demás se enteraran que mi hermana me detestaba.

Arreció el frío, la espera era intolerable, Alta-gracia me pellizcó de nuevo. Entonces con disimulo, busqué refugio al lado de una señora vieja, como de cuarenta años. Ahí permanecí hasta que surgió otro autobús y todos apiñados caminamos a media calle para que esa vez no se escapara. Subimos a empujones y me coloqué lejos de mi hermana, aunque sin perderla de vista para bajar tras ella cuando jalara el cordón.

Desde la esquina detecté a la monja que sitiaba la puerta de la escuela y se acrecentó mi angustia. Llegamos y Alta-gracia entró primero, yo iba muy

juntito agarrada de su falda para encubrirme. La monja, cuyos dientes hacia fuera le daban aspecto de hiena, me jaló del brazo y me inspeccionó. Mi hermana sintió el jalón pero siguió de largo. Miré aterrada a la rapiñadora que estaba feliz con su presa, fingió enojo y me ordenó que permaneciera cerca de la entrada. La llovizna me empezó a calar los huesos. Ella se colocó debajo del techo que protegía la puerta. Perdí la vista a lo lejos para que mis compañeras creyeran que esperaba a alguien. No eran tontas, entraban y me clavaban los ojos con desprecio.

Supe que al que madruga, Dios a veces no lo ayuda.



BELINDA

BELINDA

Me sentí turbada cuando mi tía Remedios me recordó que era lunes. Todas las semanas debía ir a comer a la casa de mis padrinos. Debo confesar que sentía vergüenza y un poco de gusto. Su casa me imponía; mi padrino era solemne, mi prima alegre, mi madrina muy dulce y la comida era sabrosa, siempre incluía postre.

Mi hermano Santiago me tomó de la mano y salimos a la calle, él me acompañaba y después de la comida me rescataba.

Llegamos a una privada con casas blancas, todas iguales. Fuimos hasta el fondo y tocamos en la última. Mi madrina abrió la puerta y Santiago se despidió, cuando se alejó me entró inseguridad, pero ella me sonrió con sus grandes ojos negros muy redondos y entré siguiendo su perfume de gardenias.

En la casa todo lucía resplandeciente y ordenado. Rayos de sol se infiltraban, danzando la *Consagración de la Primavera* de Stravinski. Mi

madrina me instruyó acerca de la música y me mostró a mi padrino abrazado al compositor, en un retrato que engalanaba el pasillo de la entrada. La melodía era esplendorosa, como una pradera sin límites.

El timbre del teléfono desgarró la mágica atmósfera y mi madrina lo contestó, con la mano hizo señas para que me sentara. Yo la obedecí, a los pocos minutos llegaron mi prima Florinda y mi padrino, con la vista recorrí su cuerpo grueso y robusto, con voz grave me dio los buenos días y mi prima hermosa y risueña me regaló un beso.

La mesa estaba dispuesta y mi padrino se sentó a la cabecera. Como de costumbre Florinda me ayudó a subir a mi silla. Tomé la servilleta y traté de imitarlos poniéndola sobre mis piernas, estaba almidonada y resbaló, la desdoblé pero se volvió a doblar, mejor la aprisioné entre las rodillas.

Los platillos y las anécdotas de mi padrino, se sucedían unos tras otras. Cuando terminó su pos-tre dijo que el siguiente sábado estrenaría su última obra de teatro en el Palacio de Bellas Artes, fue cuando descubrí que mi padrino era muy importante.

Frente a mí, permanecía el platito con cremel y mi madrina creyó que no me había gustado. Yo moría de ganas por comerlo pero me hacía falta una cucharita.

—Al que no habla Dios no lo oye —puntualizó mi madrina— y, ofreciéndome la cucharita, con una sonrisa dijo:

—Ahora sí puedes comer tu postre, Belinda.

Ignoraba por qué ella siempre me llamaba Belinda pero sin objeción saboreé el cremel mientras mi padrino, con gran parsimonia, tomaba su café.

Mi madrina leyó una lista de invitados para la cena que estaban organizando. Él la reprendió porque eran demasiados:

—Ya sabes que el número para una reunión debe ser; ni más que las Musas ni menos que las Gracias. Se levantó y caminó con lentitud por el pasillo hasta su cuarto. Acostumbraba reposar después de la comida.

Llegó una amiga de Florinda, las dos entraron al estudio y se confundieron entre números y ecuaciones.

Me llené de impaciencia por la tardanza de Santiago. Muy callada, para no despertar a mi pa-

drino, seguí a mi madrina hasta la recámara de mi prima. Olía a ropa planchada que mi madrina acomodó en el ropero. La colcha y las cortinas llenaban de flores el cuarto.

Mi vista se detuvo cuando la descubrí, se encontraba balanceándose en la mecedora, me sonrió, sus mejillas estaban salpicadas por pecas que revelaban su simpatía, un delantal blanco cubría en parte su vestido azul a cuadros, tenía las piernas muy largas, debía ser más alta que yo. Deseé tomarla en mis brazos pero sentí la mirada de mi madrina y en ese momento Santiago llamó a la puerta y me llevó de regreso a la casa.

Mi pensamiento siguió con ella, con la muñeca de trapo de mi prima.

Mi madre me aclaró que Belinda era el nombre de una niña sordomuda que actuaba en una película. Yo no era sorda ni muda, pero me gustaba que mi madrina me llamara Belinda, nadie más me decía linda.

Toda la semana soñé con la muñeca, la llamé Belinda. Esperé día tras día hasta que de nuevo fue lunes. Camino a la casa de mi madrina le rogué a Santiago que me recogiera un poco más tarde

de lo acostumbrado. A pesar de su extrañeza no le hice aclaraciones.

Después de comer mi madrina me tomó de la mano, vi que nos dirigíamos a la recámara de Florinda, ella me comprendía.

Sentada en su mecedora Belinda me esperaba impaciente. Cambiamos miradas. Mi madrina me permitió jugar con ella. Me acerqué embelesada y la cargué, aunque con cierta dificultad, en cuanto salió mi madrina, tomé a Belinda de la cabeza y comprobé que era más alta que yo. Abrazar una amiga era algo nuevo para mí. Sonó el timbre, Santiago no me había cumplido. Sometí a Belinda a la mecedora, le arreglé el vestido y le di un beso de despedida. Al llegar a la puerta me regresé para aconsejarle que no desesperara por la separación.

Los lunes empezaron a cobrar importancia. Durante toda la semana preparaba alguna sorpresa para Belinda: broches para adornar sus trenzas, una tacita de té, burbujas de jabón. Envidié a mi prima que la tenía a su lado todos los días.

Aquel lunes me desperté muy temprano y en la escuela esperé que la mañana se deslizara. Cuan-

do llegué a mi casa rastree a mi hermano que ese día llegó tarde del colegio, entró acalorado y me impacienté porque bebió un poco de agua antes de que partiéramos. Mis saltos le dificultaban a Santiago tenerme de la mano. Yo ansiaba abrazar a Belinda.

Mi padrino se demoró y empecé a llenarme de inquietud. Cuando al fin entró, pasamos a la mesa. La comida fue eterna, ellos eran muy ceremoniosos, no leían el manual de Carreño porque se lo sabían de memoria. Hasta que terminaban todos un plato servían el siguiente, de nada me valió comer de prisa.

Al fin abandonamos la mesa, Florinda le preguntó a mi madrina por un libro y entramos a la biblioteca. El reloj de péndulo me amenazó, ya no tardaría en llegar Santiago. Mi madrina descifró mi desesperación y me llevó hasta el cuarto de mi prima. Encontré la mecedora vacía y por un momento me angustié pero de inmediato la localicé sentada en la cama.

Mi madrina tomó a Belinda y le arregló las trenzas y el vestido, me estremecí pensando que me iba a regañar porque la peinaba, o porque el

lunes anterior le había mojado el vestido con el agua de jabón cuando le hice burbujas.

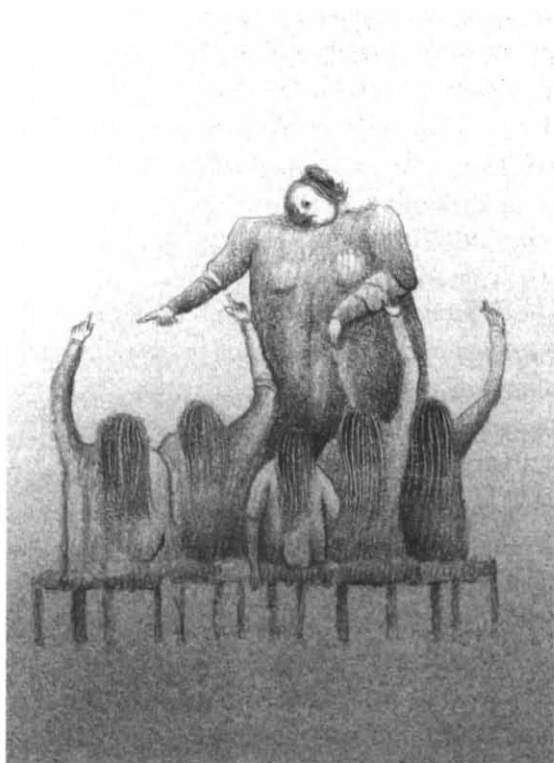
—Toma —me dijo. Florinda te la regala.

Sus palabras me paralizaron, no podía dar crédito, pensé que estaba soñando despierta como era mi costumbre.

Ante mi silencio insistió:

—Tenla.

Se escuchó el timbre, con un movimiento rápido me adueñé de Belinda, los brazos y piernas de mi amiga colgaron entre los míos, la estreché ilusionada, los días de la semana ya no nos separarían.



LA TAREA

LA TAREA

Cada día era el mismo día, llegué desganada al enorme patio de la escuela y me confundí entre las filas de niñas, todas iguales, con su uniforme azul marino y cuello rojo y blanco. Demoré varios minutos antes de encontrar la fila de tercero B. Al fin me coloqué en mi lugar, entre Lucrecia y Alicia, estiré el brazo y toqué con la punta de los dedos el hombro de mi compañera para tomar distancia. Me sobresalté al escuchar la voz aguda de la monja, amplificada por el micrófono, que daba la orden de ir a los salones de clase. Mi fila subió al tercer piso, recorrió un largo pasillo y penetró al salón de clases.

Fui hasta mi pupitre de madera verde y me senté. El murmullo se convirtió en tenso silencio. Levanté la vista y vi que había entrado la maestra. Era una monja alta, vestida con su acostumbrado ropón negro que la cubría hasta los tobillos. Caminó de un lado a otro del salón emitiendo su tedioso sonsonete. Con mirada inquisidora, escu-

driñó a las alumnas tratando de sorprender alguna falla.

La clase era numerosa, más de cuarenta. Rosa y Silvia eran muy mal portadas, empezaron a cuchichear y el semblante de la monja se encendió y las reprendió amenazándolas con bajarles puntos en conducta.

En tanto a Elenita siempre la admiré, era la más aplicada y contestaba muy segura a todas las preguntas de la maestra. Era tan diminuta que nunca supe en dónde le cabían tantos conocimientos.

Yo me comportaba lo mejor que podía, jamás hablaba con nadie, siempre estaba muy atenta, estudiaba y cumplía con mis tareas. Deseaba ser de las primeras, pero parte de las enseñanzas no las comprendía y por más que me esforzaba, sólo lograba calificaciones mediocres.

Cuando al fin la densa mañana se extinguió, la monja ordenó que abriéramos el cuaderno para dictarnos la tarea de historia, anoté que debía hacer una biografía de Cuauhtémoc. Me consterné ante la idea de no saber cómo realizarla. A cada diez niñas nos correspondía un personaje diferente.

Cuando salimos del colegio tuve que confesarle a mi hermana que debía comprar una estampa de Cuauhtémoc. Como lo había temido, Altagracia se enfureció porque nos vimos obligadas a viajar en el camión de segunda para que alcanzara el dinero.

Ya en mi casa tomé una hoja de papel y la estampa, salí de mi recámara y al pasar delante del cuarto de Santiago se me oprimió el corazón. Unas semanas atrás mi madre, rebosante de felicidad, se los había cedido a los frailes. Se enorgullecía al declarar que su hijo iba para santo. En la escuela los maristas lo habían convencido de que tenía vocación. Su adiós me dejó una tristeza incomprensible que derramé por todos los rincones de la casa.

Altagracia pasó leyendo un libro y tropezó conmigo, me dijo que yo era un estorbo y siguió de largo pero antes me dio un pisotón. Entonces cavilé que más bien Altagracia era la que tenía vocación para monja.

Bajé las escaleras y me senté en el sofá que estaba en el vestíbulo. Desde ahí podía vigilar a todos los que circulaban y eso me distraía. Miré la

estampa de Cuauhtémoc y sin saber qué escribir, pasé el lápiz de una mano a la otra. Recordé que la monja decía que los españoles eran muy buenos porque nos habían traído la verdadera religión. A mí los españoles me daban rabia, porque le quemaron los pies a Cuauhtémoc para quitarle el oro de México. Eso era todo lo que recordaba de la historia de Cuauhtémoc y lo escribí. Escuché el timbre y vi a Elodia que salía a abrir la puerta, poco después entró Paco, un amigo de mi hermano mayor. Con voz tímida le informé que Valente no estaba. Se sentó a mi lado y me indicó que lo esperaría. Vio mi hoja y la stampa de Cuauhtémoc y se interesó en lo que yo estaba haciendo. Ruborizada, con voz casi inaudible, leí lo que tenía escrito. Paco sonrió y empezó a platicarme las principales anécdotas de la vida de Cuauhtémoc dando nombres y fechas.

Me asombraron sus conocimientos, su buena memoria, y más aún el que se molestara en ayudarme; anoté todo con sumo cuidado. Ya habíamos terminado cuando llegó mi hermano.

—Hola Paquete —le dijo.

Paco se levantó, me dio una palmadita en la es-

palda y me deseó suerte con mi trabajo. Los dos amigos subieron la escalera charlando.

Yo permanecí en el sillón, radiante porque Paco me había ayudado. Con gran seguridad, tomé una hoja en blanco y en la parte de arriba pegué la estampa con el retrato de Cuauhtémoc y más abajo escribí, con mi mejor letra, una amplia biografía. Cuando terminé, la leí y quedé muy satisfecha.

Di un salto y optimista subí la escalera. En mi recámara, antes de guardar mis útiles en la mochila, volví a repasar la tarea. Me gustaba tanto que no podía dejar de leerla.

A la mañana siguiente me levanté tempranito para ir a la escuela, estaba eufórica, sentía placer por la clase de historia.

La monja inició el día con la lección de aritmética y luego la de lenguaje. Me moví incómoda en mi pupitre, temí que sonara la campana antes de que empezara la de historia. Al fin nos ordenó que sacáramos la tarea de la Conquista y nos dijo que alzara la mano la niña que quisiera leer su trabajo. Decidida saqué el mío y empecé a repasarlo con la vista, escuché que la maestra solicitó

el de Moctezuma. Me sudaron las manos y las sequé en mi delantal. Me apenaba que la notaran húmeda cuando la levantara. Después pidió el de Hernán Cortés. Llena de desesperación seguí esperando mi turno. Mi compañera empezó a leer. Me tranquilicé, sabía que mi trabajo era mucho mejor. Al terminar se oyó de nuevo la voz aflautada de la monja que dijo:

—Cuauhtémoc —me estremecí.

Descubrí que otras dos niñas alzaban la mano. Con inquietud dudé si me escogería. Me entró la inseguridad de que se me olvidara todo o que no me saliera la voz o que Paco hubiera inventado la historia, porque mi hermano siempre decía que Paco era muy hablador.

Me sentí nerviosa mientras la monja recorría la clase con sus pequeños ojos de ratona. Finalmente nombró:

—Lucía Rodríguez.

Me tranquilicé, bajé la vista hacia mis manos. Los dedos entrelazados me hormigueaban por la tensión.



LA GUITARRA

LA GUITARRA

Ese martes cuando entré al salón de clases me llamó la atención ver a dos monjas, pero lo que más me sorprendió fue que una de ellas llevaba ¡una guitarra!

Tomó la palabra la más flaca, para darnos a escoger maestra de música. Presentó a la madre Agatónica que daría las clases de canto y ella dijo ser la madre Arcenia quien impartiría las de guitarra. Mis compañeras estaban indecisas, titubeantes; yo sin vacilar me anoté para aprender guitarra.

Me pareció irreal, el futuro en la escuela se había transformado. Sólo tenía que convencer a mi hermano Valente para que me prestara su instrumento. La madre Agatónica salió con sus alumnas al salón de canto.

En mi clase quedamos pocas niñas. Lo primero que aprendí fue a colocarme la guitarra, después entusiasmada saqué mi cuaderno pautado y anoté las notas que emitían las cuerdas al aire, mi-la-

-re-sol-si-mi. La maestra, a pesar de sus años, interpretó muy bien un Preludio de Tárega.

La escuela se había tornado alegre y divertida. Pensé que a esa monja nunca la iba a olvidar, ni aunque se muriera.

Contenta y optimista regresé a mi casa y así me mantuve toda la semana. El lunes por la noche, esperé a Valente, no llegaba y pensé: —Mejor así—, porque me daba vergüenza pedirle prestado su instrumento. Decidí comunicarle a mi madre que necesitaba una guitarra para la clase de música; ella permaneció pensativa, fumando su cigarro y después me dijo que se la pidiera a Valente, le rogué que ella lo hiciera.

Al siguiente día por la mañana, me ruboricé cuando vi a mi hermano con su guitarra, la metió en una bolsa de plástico y me la dio. Me recomendó que se la cuidara y por último dijo:

—Aprende bien a tocarla para que me hagas la competencia —y sonrió.

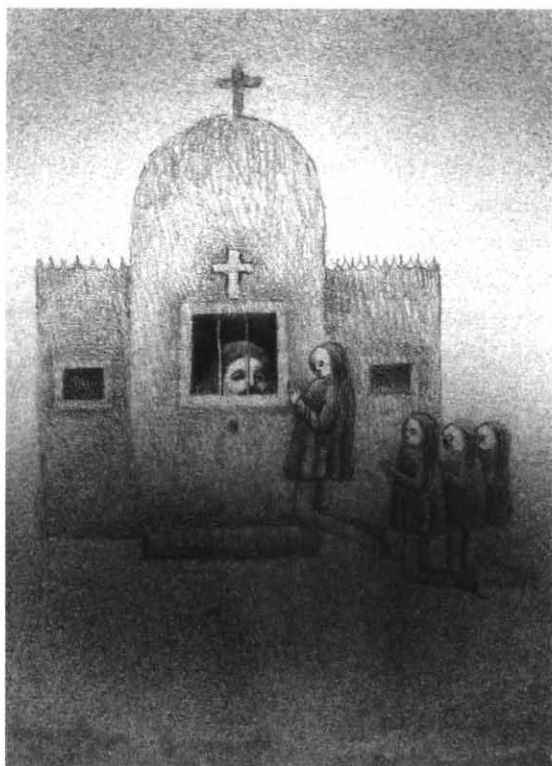
Caminé hasta la esquina abrazada a la guitarra. Altagracia mi hermana no concebía mi pasión por la música. Caminamos distantes. Llegué entusiasmada al colegio, pero esa vez la monja no estuvo

tan alegre como la semana anterior, me ordenó que cambiara las cuerdas de alambre por unas de nylon. Empezaban los problemas, ¿cómo se lo diría a Valente?

La maestra tocó un acorde pretendiendo que lo repitiéramos, ninguna logró hacerlo. Tenía poca paciencia, enseñaba de prisa y sin ningún orden.

Mientras regañaba a mis compañeras corrigiéndolas, alterada anoté en mi cuaderno los acordes para repasarlos, también las notas de cada traste. Cuando llegó hasta donde yo estaba, amilanada tomé mi instrumento, me ordenó que tocara la quinta cuerda y ella la afinó dando de vueltas a la clavija, luego las demás, de los bajos hacia los agudos, se notaba fastidiada de tanto afinar guitarras. Después me corrigió la posición de las manos y me colocó los dedos en las cuerdas, segundos más tarde los sentí acalambrados; ella pulsó la suya y dio un arpeggio, me concentré en la posición de sus dedos y la imité, logré un pianísimo que me regocijó, me sentí orgullosa porque había acertado en las notas, me vio seria y me dijo que tocara con más fuerza. Fui la única alumna a la que no regañó, sentí alivio.

Encerrada en el tapanco de mi casa, me deleitaba descubriendo sonoridades escondidas en la guitarra. Después de varios meses logré tocar con precisión un Preludio de Manuel M. Ponce. Recuerdo que una tarde, al abrazar la guitarra, la música me cubrió totalmente. Las ondas sonoras me traspasaron haciendo vibrar todo mi cuerpo. Los latidos de mi corazón se unieron a la melodía en un dúo enloquecedor. En ese momento supe que la guitarra sería mi instrumento y sentí añoranza por mi abuelo.



EJERCICIOS ESPIRITUALES

EJERCICIOS ESPIRITUALES

Durante la Cuaresma cancelaron las clases de música. La escuela se tornó opresiva y eterna. Llegó la semana de los ejercicios espirituales y todos los días íbamos a la iglesia para escuchar las prédicas del sacerdote. Las monjas dirigían una larga fila de niñas, que iba del colegio a la iglesia de la Sagrada Familia separadas por tres calles. Todo era mejor que las clases, pensé incauta.

Esa tarde empezamos a llenar las bancas de la iglesia, nos sentamos muy juntas una de la otra para que entrara toda la escuela. Teníamos prohibido cruzar las piernas y hablar aunque muchas platicaban. Como siempre, yo me hundí en mi silencio. Miré el cuadro del Niño Jesús con una azucena en la mano, era mi preferido, a él siempre le rezaba, empecé un Avemaría cuando el sacerdote ascendió al púlpito con la cabeza en alto y nos miró con clara desaprobación, nos amonestó diciendo que no estábamos en recreo, que ahí era la casa de Dios. Se hizo un mutismo sepul-

cral. Entonces empezó su sermón y con lenguaje rebuscado se adentró en temas bíblicos incomprensibles. El eco repetía sus palabras indescifrables llenas de ces y zetas españolas. El sonsonete de su voz, el calor y el penetrante olor a iglesia me adormeció, aburrida bostecé. Me di cuenta de que la monja que vigilaba mi banca me lanzó miradas de verdugo y me concentré deseando comprender lo que decía el sacerdote, pero sus palabras me llegaban tan confusas que al igual que las notas graves de una tuba, era difícil reconocerlas. Al cabo de un rato de atención, logré entenderlo, nos dijo que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que un rico entrara al cielo. Me acordé del amigo de mi tío Silvestre que tenía un Cadillac y pensé que ese pobre rico, aunque era muy buena gente, se iba a ir directito al infierno.

El prelado continuó sermoniando pero entonces ya no entendí nada. Cuando remató su interminable discurso se creó un alivio general. Antes de bajar del púlpito, anunció que al día siguiente sería la misa de final de ejercicios y debíamos confesarnos para comulgar.

Formamos filas a los lados de los confesionarios, flanqueadas por las monjas que nos exigieron meditar en nuestros pecados.

El viernes anterior mi madre me había llevado a confesar y habíamos comulgado para reunir nuestros “nueve viernes primero”. El sacerdote nos había colgado al cuello una medalla del Sagrado Corazón, con una cinta roja, que atestiguaba nuestra salvación, pues Santa Margarita de Alacoque dijo: —Quienes comulguen nueve viernes primero del mes consecutivos, alcanzarán la perseverancia final y no morirán en desgracia de Dios porque Él los amparará en la última hora y les concederá asilo seguro en su Sagrado Corazón.

En vano hice examen de conciencia pues no descubrí ningún pecado. Tenía delante de mí a varias de mis compañeras, avancé dos pasos y di un suspiro, debía resolver la dificultad de no hallar mis culpas. Miré a los lados y al verme rodeada de monjas intransigentes me entró una gran angustia, sabía que al igual que el sacerdote, no aceptarían la existencia de un alma sin pecados.

La hilera avanzó lenta y yo sin resolver mi problema. Pasó el tiempo y el cansancio se recargó

en una pierna y luego en la otra.

¡Ay, Dios mío!, musité sobresaltada cuando le tocó su turno a la niña que tenía adelante. Me debatí en busca de una solución, escuché al padre que le gritó a mi compañera y me afligí cuando vi que ella se persignó y se levantó para alejarse. Qué horrible situación, sentí nostalgia por la escuela.

Sin otra alternativa, me hiqué y tras la tela que cubría la ventana del confesionario escuché la voz de ultratumba que dijo:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —contesté titubeante.

—¿Cuándo fue la última vez que te confesaste?

—Hace cuatro días.

—Dime tus pecados.

Sentí unas gotas de sudor que recorrían mi espalda. En ese momento sólo quedaba inventar alguno.

—Me he peleado con mis hermanos —mentí.

—¿Cuántas veces?

La pregunta me llegó inesperada y permanecí en silencio. El padre repitió la frase enojado. Le respondí que tres.

—¿Qué otro pecado has cometido?

Con voz tímida le dije que ninguno.

—¿Ninguno?, haz examen de conciencia, recuerda que estás aquí para que Dios te perdone. Por eso Cristo murió en la cruz. ¿Le has faltado el respeto a tus mayores? ¿Has tenido malos pensamientos?, ¡responde!

Perpleja no supe que contestar.

—Confiesa, ¿has tenido malos pensamientos?

La acusación injusta me alteró; además no sabía cuáles eran los malos pensamientos. En eso recordé que acababa de mentir al confesar el primer pecado y complacida le dije al sacerdote:

—He mentido.

—¿Cuántas veces?

Muy bajito, contesté que una. El padre era un poco sordo y me gritó que hablara más fuerte. Para no tener más problemas le dije con voz firme que muchas. El sacerdote fuera de sí me exigió que le diera el número exacto. La situación se había vuelto inaguantable y le respondí el primer número que me vino a la mente.

—Quince.

Me regañó por ser una niña tan pecadora y enumeró todo lo malo que me iba a ir en la vida y

después lo horrible de la muerte por ser tan mentirosa. Me impuso como penitencia que rezara veinte Padrenuestros, veinte Avemarías y veinte Salves, y finalmente furioso y magnánimo me absolvió.

Mis mejillas se encendieron por la impotencia. Me persigné con movimientos nerviosos, me levanté e incierta me quedé inmovilizada hasta que sentí que una monja me jaló del brazo, me arrastró y me hincó más adelante y con voz amenazadora me obligó a rezar de inmediato la penitencia por mis pecados, de lo contrario, dijo, Dios no me los perdonaría y me iba a condenar. Permaneció firme, como gendarme, vigilando que cumpliera mi penitencia.

Recé, muy tranquila, sin temor, no me asustó, al fin y al cabo ya había completado mis nueve viernes primero y tenía asegurada mi salvación.



INTROVERSIÓN

INTROVERSIÓN

Las vacaciones habían volado como un sueño ligero. Me desperté temprano, amanecí optimista, con la ilusión de que ese año la escuela sería menos opresiva.

Me encaminé al colegio con Altagracia, mi hermana iba delante, yo unos pasos atrás porque ella no soportaba que fuera a su lado.

Pasamos por la dulcería de Celaya y luego por la iglesia de la Sagrada Familia, dimos vuelta en la esquina hasta llegar a la calle de Jalapa.

Iba somnolienta por la falta de costumbre de madrugar. Se me espantó el bostezo cuando descubrí que en la puerta de la escuela se encontraba la inmutable monja mal encarada y me entró el desaliento. Altagracia se dirigió al patio de las grandes; yo, cabizbaja, caminé al de primaria. Lo encontré desbordado por una excitación colectiva, permanecí distante. El ambiente era de confusión caótica. Alumnas que ignoraban dónde se encontraba su salón de clases. Yo anhelé que el

mío no fuera en el último piso, para evitar las enormes escaleras de la vieja casona de la colonia Roma. Me sentí inquieta por la suerte de maestra que me asignarían.

Una monja metió orden y las filas empezaron a moverse, encaminándose en todas direcciones, como hormigas organizadas. La mía subió al primer piso, recorrió un largo pasillo y penetró a su hormiguero.

Mis compañeras empezaron a disputarse los lugares del frente. Las miré de reojo y fui a sentarme hasta el fondo para evitar problemas.

Surgió la madre Germánica y el salón se apagó en un morbosos silencio. A través de la túnica negra se adivinaba su constitución mofletuda de mosca gorda. Era rigurosa y arrogante. Nos miró con sus ojos saltones, jadeante todavía, por el piso que había subido.

Sentí un sudor helado, intuí que ése sería uno de los peores años.

Emprendió a vociferar arrastrándose de un lado para otro del salón; se enorgullecía porque su grupo de cuarto de primaria siempre había sido el mejor y nos amenazó diciendo que ese año no iba

a ser la excepción.

Llegó hasta su escritorio, se colocó unos anteojos en la punta de la nariz y se dispuso a pasar lista —presente— decía cada niña al reconocer su nombre; cuando escuché el mío, me levanté turbada y sin darme tiempo de abrir la boca, la monja me interrogó con ojos escrutadores:

—¿Eres algo de Altagracia Mena?

Con timidez respondí que éramos hermanas; sentí la mirada de todas mis compañeras y me ruboricé.

Recordó que Altagracia había estado en su clase cinco años atrás y con voz amagante me advirtió:

—Ella fue muy buena alumna, espero que tú también lo seas.

Cuando terminó de mencionar a todas las niñas, se le agudizó más la voz para propinar órdenes:

—Los libros y cuadernos los deberán forrar con papel manila azul y plástico transparente, mañana los revisaré uno por uno, —recalcó.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, mi madre estaba en el trabajo y yo carecía de dinero para comprar los forros. Traté de encontrar una solución.

La voz intolerable de la monja arreciaba mi ansia porque la mañana se esfumara. Pero ella con orgullo cada vez elevaba el volumen para seguir con sus pretensiones:

—En el salón de clase está estrictamente prohibido: levantarse, hablar, reír, comer, mascar chicle...

Yo no hacía nada de lo que estaba vedado y mejor encaucé mis pensamientos al problema de los forros. Tal vez le pediría dinero prestado a mi tía Remedios.

Un grito de la monja me hizo saltar de mis reflexiones. Increpó a Silvia y a Luisa, por estar hablando. Las conminó a que repitieran lo que acababa de decir. Su silencio descompuso a la monja que las forzó a plantarse contra un rincón.

La cabeza me empezó a girar, yo tampoco sabía de qué estaba hablando, me hundí en mi pupitre para que no me descubriera.

La campana anunció el recreo y me devolvió la calma; la monja concedió su autorización para movernos, me levanté y sentí alivio al estirar las piernas entumidas, coloqué los brazos atrás y entrelacé los dedos. Caminé en fila con mis compañeras, hasta el patio, donde nos unimos a los otros

grupos que se encontraban al rayo del sol, ahí, acaloradas aguardamos a que toda la primaria se reuniera y luego a que la monja de disciplina diera la orden de romper filas, entonces un barullo ensordecedor invadió el patio que se colmó con pelotazos, corretizas, jalones, gritos y risas.

Con paso incierto esquivando reatas y balones, llegué hasta donde se encontraban varias de mis condiscípulas que se divertían mientras saboreaban galletas, fruta y refrescos, se me hizo agua la boca. Como yo no llevaba provisiones, ni me atreví a inmiscuirme en su plática, mejor di la vuelta y mis pasos me llevaron hasta la tienda. Me uní a la gran maraña de niñas que deseaban comprar algo. Inmediatamente llegaron otras que me rodearon, las de atrás desesperadas empezaron a empujar con fuerza, la niña de enfrente me reclamó enojada, con pena la seguí presionando.

Sentí un pisotón y al tratar de retirar el pie escapó mi zapato, me incliné para atajarlo, entonces mi cabeza quedó atrapada entre piernas que se balanceaban apretadas unas contra otras; durante un rato rastree a mi zapato sin encontrarlo, hasta que lo descubrí más adelante y fui a gatas por él,

pero no se mantenía quieto, otros zapatos anónimos lo perdían. Decidida alargué el brazo y lo atrapé. Al tomarlo me pisotearon la mano. Agotada conseguí ponérmelo y luché para incorporarme toda despeinada, con los dedos lastimados me alisé el cabello, entonces noté que había extraviado mi broche, me resigné a perderlo.

La maraña de niñas avanzaba con lentitud, cuando al fin llegué cerca del mostrador escuché los gritos exigiendo: una torta de jamón, una charrita de piña, unos garbanzos enchilados.

Eso me abrió más el apetito. Había desayunado muy temprano, tan sólo un vaso de leche y un cocol.

Las dos monjas que atendían no se daban abasto, se atarantaban, daban una cosa por otra, y se entretenían con el dinero porque no sabían contar el cambio.

Una niña que ostentaba un reloj de pulsera, cantó la hora, faltaban cinco minutos para que sonara la campana, crecieron la desesperación y los atropellos.

Toda estrujada llegué hasta el frente, con las costillas aprisionadas contra el mostrador.

La monja me vio en el momento en que se escuchó la campana, voces de desasosiego y enojo gritaron sin resignarse.

Yo me encaminé tranquila hacia mi fila, sin inmutarme, al fin que no llevaba dinero, lo importante era, que había transcurrido el recreo.



LA LIBERACIÓN

LA LIBERACION

Aquel día en que mi hermana se sintió enferma, me colmó una sensación de alivio porque no iríamos a la escuela,

A las dos de la tarde, la luz del sol metía el verde de los árboles al comedor. Nos sentamos a la mesa y mi tía me convidó de su sopa de fideos. La probé, estaba caliente y mi madre sacó el manual de Carreño: —Son actos extraordinariamente impropios y groseros el soplar las comidas cuando están en un alto grado de calor y el tomar una parte de ellas en la cuchara vaciándola desde cierta altura en el plato que la contiene.

Observé mi sopa sin saber cómo enfriarla.

Altagracia no quiso probar bocado, se quejó de dolor de estómago y mi madre la mandó a su recámara.

Cuando concluyeron los platillos y las reglas, mi madre se encumbró y nosotros la imitamos.

Ese año las clases de la tarde eran en inglés y se habían tornado intolerables, el calor me ador-

mecía al no entender nada. Salí del comedor dando saltitos, contenta porque no iría a la escuela. Mi madre me detuvo para advertirme que ya tenía diez años y podía ir sola al colegio, pues no debía faltar cada vez que Altagracia se sintiera mal.

Sus palabras me paralizaron. No por perder mi tarde libre, ni por tener que someterme al tormento de las monjas; me atemorizaba tomar el autobús yo sola.

Insegura me sujeté el delantal y me colgué la mochila, miré a mi madre y resignada tomé de su mano los cincuenta centavos para los pasajes. Mi tía Remedios me aconsejó que tuviera mucho cuidado al tiempo que me daba su bendición.

Salí de la casa amedrentada, di unos pasos y de pronto al reparar que me encontraba sola, presentí una libertad inusitada, por primera vez podía discurrir sin yugo ni represiones, muy serena me encaminé hacia la esquina. Esa tarde el autobús no se hizo esperar, subí y me coloqué cerca de una ventana que me fue mostrando el diario recorrido. Cuando llegamos a la dulcería de Celaya jalé el cordón para advertirle mi bajada al chofer.

Caminé tranquila, gozando de los aparadores y

los jardines de las casas, llegué a la escuela que me devoró y dócil soporté su lenta digestión. Rumió durante horas eternas hasta que el badajo de la campana anunció mi liberación de aquel estómago lacerante.

Filas de niñas anónimas y sinónimas llegamos al patio para fragmentarnos en tres grupos: las del autobús escolar, las que recogían y las que se iban solas.

Yo me integré al endeble grupo de las solas que desembocó en la calle. Respiré profundo, aspirando mi libertad, caminé a la avenida de los Insurgentes, de prisa, casi huyendo. En la esquina me detuve para perderme entre sombrillas, gueishas, alfileteros y teteras, en el aparador del Nuevo Japón, hasta que cláxones y enfrenones me sacaron de Oriente para cruzar la calle. Me sentí ligera al debutar como dueña de mi voluntad.

Esperé en la esquina y al poco rato llegó el autobús rojo que era el de segunda, como no deseaba continuar esperando le hice la parada, subí y deposité tres monedas de cinco centavos en la caja de cristal y escuché el tintineo mientras descendían; en el bolsillo de mi uniforme, guardé el

boleto que me dio el chofer y mis dedos me recordaron los diez centavos que me habían sobrado. Se me hizo agua la boca al saborear los dulces del estanquillo de don Luis, me vinieron a la mente aquellos frascos de cristal llenos de colores: gomitas en forma de víboras y lagartijas; pistolas y coches perfumados; botellitas con licor de azúcar.

Iba hacia atrás del camión, dando bandazos por el movimiento, cuando subió un señor que tañendo una guitarra desafinada entonó —Tú, sólo tú—. Seguía cantando mientras caminaba presionando con su instrumento a los pasajeros, exigiéndoles dinero. Llegó hasta la puerta de atrás y el chofer apenas aminoró la velocidad para que bajara de un salto equilibrándose con su guitarra al aire. El camión de segunda era más divertido que el de primera y costaba menos, decidí tomarlo en el futuro y que Altagracia se fuera en el de primera.

Una señora subió con un niño que no dejaba de llorar. Lo jaloneó y le pegó. El niño lloró más fuerte, tuve lástima. Sentí gran alivio de viajar sola.

La viejita que estaba junto a mí regañó al chofer

porque había jalado el cordón anunciando su bajada y él la había ignorado. Descendió en la siguiente esquina muy enojada y se alejó refunfuñando.

La seguí con la mirada, un escalofrío me agitó porque desconocí los escaparates y también el entorno, me sentí perdida. Me volvió la calma cuando vi un anuncio muy grande de los cigarros Virginia, que reconocí porque eran los que fumaba mi madre, pero unos segundos después me di cuenta de que todo lo demás era irreconocible.

El autobús casi se había vaciado. Llena de miedo, me levanté para sentarme junto a una señora que se encontraba más adelante. A las pocas cuerdas se bajó dejándome sola en la butaca.

Los letreros luminosos habían sustituido a la luz del día. Los miré con el deseo de reconocerlos. Mis manos se aferraron al tubo del asiento de enfrente y resbalaron por el sudor. El recorrido se hacía largo. Mi esquina no aparecía. Un señor cararizo me clavó la mirada, fingí que acomodaba mi mochila para no verlo.

El autobús frenó bruscamente y bajaron los pocos pasajeros que restaban. El chofer apagó el motor y se levantó. Involuntariamente empecé a

temblar. Al verme inmóvil, con desesperación me informó que habíamos llegado a la terminal. Perturbada, tomé mi mochila, me la coloqué en la espalda y bajé después de él. Me volví en todas direcciones, asustada, incierta.

Se me acercó el señor cacarizo y me preguntó a dónde iba. La voz apenas y me salió.

—A la Colonia del Valle.

—¡Uy, eso está re lejos! —me desanimó.

Mi angustia creció y sentí ganas de llorar pero retuve las lágrimas. El señor trató de calmarme y me tomó de la mano para cruzar la calle.

Aunque le tenía desconfianza no me atreví a soltarlo. Caminé afligida. Me preguntó si tenía dinero. Metí la mano al bolsillo y le mostré la moneda de níquel de diez centavos. Me regaló otros cinco y me indicó el autobús que debía tomar. Le agradecí con la mirada, subí y me coloqué en el primer asiento para que mis ojos abarcaran la ventana de mi lado y la del frente.

La espera fue interminable. Al fin subió el chofer y arrancamos. No me distraje con nada y por nada, ni por un momento retiré la vista de las ventanas que me fueron revelando lo desconoci-

do. Imaginé que tal vez llegaría a la otra terminal y así viajaría en espiral hasta el infinito. Se acrecentó mi angustia. La oscuridad había tornado diversa la atmósfera, los árboles estaban teñidos con el color de la noche.

De pronto reconocí el edificio en dónde vivía doña Pachita la costurera, se me iluminó el espíritu, rápida, tomé mi mochila, jalé el cordón y al llegar a la esquina, un salto me adentró en mi mundo. No obstante caminé alarmada, se escuchaban música y gritos y decidí cruzar a la otra acera para evitar la cantina. Las tiendas habían bajado las persianas, cada paso lo di más de prisa. Un ruido me sobresaltó. Frente al mercado un perro había tirado un bote y hurgaba entre la basura. Arrecié el paso. Cuando di vuelta en la esquina, vi a mi hermano Valente que muy risueño corrió a mi encuentro. Entonces la alegría me destensó. Mi madre se encontraba en la puerta de la casa y vino hacia mí, me abrazó con ternura y me dio un beso. Desconcertada por la acogida, caminé animada y le narré mi aventura. Su actitud cambió, con voz seca me dijo que la había tenido muy preocupada, que ya cursaba el cuarto año y no sabía ni tomar el autobús.

Ingresé tranquila a la casa, me sentía satisfecha porque no obstante las peripecias, había sabido llegar yo sola de la escuela.

Toda la familia se encontraba reunida en el vestíbulo; mis hermanos, mi prima, la tía Remedios, el tío Silvestre y hasta Elodia y Modesta. La alegría al verme, fue unánime. Mi tía habló primero.

—Güerita, ya apareciste, qué bueno, ¿donde andabas?

Mi madre me robó la palabra para tildarme de inepta y volverme a recriminar.

Mi júbilo desintegró su reprimenda; por primera vez había suscitado atención en todos los de la casa, además de haberme adentrado en la maravillosa dimensión de la libertad.

Radiante, me escapé al tapanco y con la fascinación de un dulce encantamiento, una vez más me extravié en el indescifrable sortilegio de los hechizantes sonidos de mi instrumento.

Armonicé en la guitarra la libertad que se me había revelado.



EN LA PENUMBRA DEL TAPANCO

EN LA PENUMBRA DEL TAPANCO

Desperté confusa del insólito sueño, abrí los ojos y me sobrecogió la densa oscuridad del tapanco. Los años de mi infancia se habían entrecruzado. Confundida palpé la mecedora de mi abuelo en la que me encontraba sentada y me levanté. Cayó mi diario, sin importarme lo abandoné. En mi mente surgió mi nuevo hogar, me olvidé que había ido al tapanco por la mecedora de mi abuelo y salí; más que salir, escapé invadida por una gran ansiedad. Cerré la compuerta y bajé sigilosa para que no me vieran. Sin tropezar con nadie logré escabullirme hasta el jardín. El sol, las flores y el canto de los pájaros me tranquilizaron. Pero al ver que la reja tenía la cadena y el candado, me volvió la desesperanza. Me sentí atrapada e impaciente corrí hacia el portón de los automóviles. También lo encontré cerrado. Exasperada regresé a la casa en busca de Modesta para que me abriera. En el vestíbulo encontré a mi madre, me detuve de improviso, con paciencia miré

cómo exhaló el humo de su cigarro y luego sonriente me preguntó por la mecedora. Sin saber qué contestarle, me vi obligada a regresar al tapanco. Me introduje con cierto recelo, caminé a través de la penumbra, atraída por una luz muy pequeña, cuando llegué me incliné y vi que provenía de una rendija, observé unas piernas y un perrito que iba detrás de ellas. Permanecí un rato disfrutando del momento, cuando los llamé se desvanecieron, desilusionada di unos pasos hacia atrás y tropecé con la mecedora; recordé que había ido por ella, pero en vez de llevármela, recogí mi diario, lo abracé y me senté. Poco después cerré los ojos, durante unos minutos, ¿o fueron horas?

Cuando los abrí me sentí consternada y quise huir de nuevo. Salí del tapanco y antes de empezar a bajar, un murmullo de voces me devolvió. Sin pensarlo fui hasta la mecedora y me acomodé para balancearme al sabor del piloncillo, arrullada por la dulce melodía del violín de mi abuelo que me adormecía irremediablemente, permanecí soñando y así pasaron varias horas, ¿o fueron días?

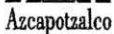
Me desperté sobresaltada y me dirigí al cuarto de junto para asomarme por el hueco que tenía.

La luz y el aire fresco me serenaron, no pude controlar el impulso de treparme al techo y me enca-ramé por el hoyo, vagué por las tejas hasta el parteaguas y me senté. Gocé del jardín con sus árboles cargados de fruta y tuve el impulso de bajar a cortarla. Miré más allá y me sentí angustiada al desconocer los alrededores. Las casas se habían transmutado en edificios, todo se había tornado diferente. Sin comprender, intrigada, regresé al tapanco y caminé hasta la mecedora, me senté e inmóvil abracé mi diario aislada en la penumbra del tapanco, ahí permanecí en silencio durante días. ¿O fueron años?

ÍNDICE

LA MECEDORA	7
LA ESTRELLA	13
EL ENCUENTRO	31
EL PERICO VERDE	39
EL ABUELO	45
UNA ÁLGIDA MONEDA	59
AL QUE MADRUGA	67
BELINDA	75
LA TAREA	83
LA GUITARRA	91
EJERCICIOS ESPIRITUALES	97
INTROVERSIÓN	105
LA LIBERACIÓN	113
EN LA PENUMBRA DEL TAPANCO	123

Casa abierta al tiempo



DE INFORMACIÓN

Formato de Papeleta de Vencimiento

*El usuario se obliga a devolver este libro en la fecha
señalada en el sello mas reciente*

Código de barras. 2893708

FECHA DE DEVOLUCION

[illegible]



2893708

UAM
PQ7233
L5.3
no.57

2893708
Otero, Corazón
En la penumbra del tapanc

UNIVERSIDAD
AUTONOMA
METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo **Azacapotzalco**